

Acogiendo al forastero entre nosotros



UNIDAD
en la
Diversidad

DECLARACIÓN DE LOS OBISPOS CATÓLICOS DE EE.UU.

CONTENIDO

La declaración pastoral *Acogiendo al forastero entre nosotros: Unidad en la diversidad* fue desarrollada por el Comité de Migración de la National Conference of Catholic Bishops. Fue aprobada por el pleno de los obispos en su asamblea general de noviembre de 2000 como una declaración de la National Conference of Catholic Bishops y su publicación está autorizada por el abajo firmante.

Mons. William P. Fay
Secretario General, NCCB/USCC

Fotografías: Cubierta—Cathy Joyce (der. arriba), PhotoDisc™ (der. abajo, izq. superior), EyeWire™ (izq. abajo); Interior—CNS/L'Osservatore Romano, página iv; USCC/Eric Brooks Photography, página 4; CNS/Michael Alexander, páginas 10 y 14; Michael Hoyt, páginas 16, 24, 34, y 49; Refugee Resettlement Program, Diocese of Fort Wayne-South Bend, página 41; Chris Duffey, página 42; Cathy Joyce, página 53; Catholic Community Services, Newark, N.J., página 56; Mileva Losic, página 62. Se usan con permiso. Se reservan todos los derechos.

Las citas de los documentos del Concilio Vaticano II han sido tomadas de *Documentos del Vaticano II* © 1967, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid. Se usan con permiso. Se reservan todos los derechos.

Las citas bíblicas que se usan en este documento han sido tomadas de la *Biblia Latinoamericana*, Edición Pastoral © 1989, Ramón Ricciardi y Bernardo Hurault 1972. Edición revisada 1995. Se usan con permiso. Se reservan todos los derechos.

Traducción: William Chico Colugna

Primera impresión, marzo de 2001

Segunda impresión, diciembre de 2001

ISBN 1-57455-848-X

Copyright © 2001, United States Conference of Catholic Bishops, Inc., Washington, D.C. Se reservan todos los derechos. Ninguna porción de este trabajo puede reproducirse o ser transmitida en forma o medio alguno, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, o por cualquier sistema de recuperación y almacenaje de información, sin el permiso por escrito del propietario de los derechos.

RESÚMEN.....	1
INTRODUCCIÓN: UNA IGLESIA INMIGRANTE, HOY COMO AYER.....	7
¿Quiénes son los nuevos inmigrantes?.....	9
La migración como supervivencia.....	11
<i>Inmigrantes indocumentados</i>	12
Las familias inmigrantes y sus comunidades.....	13
La nueva inmigración y la Iglesia.....	17
EL LLAMADO DE LA IGLESIA.....	19
Una tradición de acogida y preocupación pastoral.....	19
UN LLAMADO A LA CONVERSIÓN.....	25
Olvido de nuestro legado.....	26
Competencia por recursos.....	28
Temores culturales.....	29
Obstáculos institucionales.....	30
UN LLAMADO A LA COMUNIÓN.....	35
Entender a los demás, primera forma de hospitalidad.....	35
Comunicación intercultural.....	38
Idiomas para el trabajo pastoral.....	41
Trabajo pastoral en una Iglesia multicultural.....	43
<i>Nivel nacional o regional</i>	43
<i>Nivel diocesano</i>	45
<i>Nivel parroquial</i>	48
<i>Las necesidades especiales de la juventud</i>	53
EL LLAMADO A LA SOLIDARIDAD.....	57
CONCLUSIÓN: UN LLAMADO A UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN.....	63
NOTAS.....	66



RESÚMEN



El 2 de junio de 2000, Jornada del Jubileo de los Emigrantes e Itinerantes, el papa Juan Pablo II celebró la Eucaristía en la Plaza de San Pedro ante más de 50,000 migrantes, refugiados, personas itinerantes y sus capellanes de todo el mundo. La Eucaristía produjo la unidad de toda esa gran diversidad de gente en la comunión del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, haciendo realidad una de las esperanzas del Año del Jubileo para la Iglesia: “reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos”, “pues Dios quiso reunir en Cristo, tanto a los seres celestiales como a los terrenales” (Jn 11:52, Ef 1:10).

Unidad en la diversidad es la visión que nosotros los obispos, como pastores de la Iglesia en Estados Unidos, ofrecemos a nuestro pueblo al acoger a los nuevos inmigrantes y refugiados que llegan a nuestras tierras. En los últimos 35 años el número y variedad de inmigrantes que llegan a Estados Unidos nos ha planteado un gran desafío a nosotros como pastores. Anteriormente los inmigrantes habían llegado predominantemente de Europa o, como esclavos, de África, pero muchos de los nuevos inmigrantes llegan de América Latina y el Caribe, Asia y las islas del Pacífico, Medio Oriente, África, Europa Oriental y las desintegradas Unión Soviética y Yugoslavia. Aunque un buen número viene como trabajadores calificados y profesionales, el mayor número lo hace como refugiados e inmigrantes en los límites de la supervivencia; gran número se reúne con familiares ya residentes aquí; otros llegan sin la debida documentación. Muchos se han visto obligados a dejar su patria

debido a bien fundados temores de persecución. Esta diversidad de grupos étnicos, educación y clase social nos plantea a nosotros como pastores el desafío de acoger a estos nuevos inmigrantes y ayudarlos a integrarse en nuestras comunidades de maneras que sean respetuosas de sus culturas y que enriquezcan mutuamente a los inmigrantes y a la Iglesia que los recibe.

En procura de esta visión de unidad en la diversidad, hemos elegido el camino trazado por el papa Juan Pablo II cuando, parado al pie de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en Ciudad de México, el 22 de enero de 1999, anunció la síntesis de *Ecclesia in America (La Iglesia en América)*: esto es, el llamado a la conversión, la comunión y la solidaridad.

La presencia de tantas personas de tantas diferentes culturas y religiones en tantas diferentes partes de Estados Unidos nos ha planteado como Iglesia el desafío de una profunda conversión de modo que podamos verdaderamente llegar a ser un sacramento de unidad. Rechazamos la postura antiinmigracionista que se ha hecho popular en diferentes partes de nuestro país, y el nativismo, etnocentrismo y racismo que siguen reafirmandose en nuestras comunidades. Tenemos también el desafío de producir un cambio en las comunidades étnicas que viven lado a lado dentro de nuestras propias parroquias sin ninguna vinculación unas con otras. Tenemos el reto de llegar a ser una Iglesia evangelizadora abierta al diálogo interreligioso y dispuesta a proclamar el Evangelio a los que deseen escucharlo. Los nuevos inmigrantes constituyen para la mayoría de nosotros un llamado a volver a nuestro legado ancestral como descendientes de inmigrantes y a nuestro legado bautismal como miembros del cuerpo de Cristo. “Hemos sido bautizados en el único Espíritu para que formáramos un solo cuerpo, ya fuéramos judíos o griegos, esclavos o libres. Y todos hemos bebido del único Espíritu” (1 Co 12:13).

La presencia de hermanos y hermanas de diferentes culturas debe ser recibida como un don ofrecido a la Iglesia.

El llamado a la comunión va dirigido a todos los miembros de la Iglesia —obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos, líderes laicos y feligreses—, para que se preparen para recibir a los recién llegados con un genuino espíritu de acogida. La bondad e interés simples y llenos de gracia de parte de todos los feligreses para con los recién llegados son los primeros pasos. Esto puede ir acompañado de un estudio del idioma y la cultura así como de constantes y pacientes esfuerzos en comunicación intercultural. La integración de los grupos que llegan es compleja debido a las múltiples programaciones para las misas y la falta de personal o recursos, pero si el personal y los feligreses de la parroquia que recibe a los recién llegados están abiertos a éstos y proporcionan un puente para unir las culturas entre sí, los mismos recién llegados aportarán el liderazgo y mostrarán el camino a una saludable integración. Tanto a nivel parroquiano como diocesano, la presencia de hermanos y hermanas de diferentes culturas debe ser recibida como un don ofrecido a la Iglesia, y celebrada mediante liturgias bien preparadas, programas de desarrollo de liderazgo laico que incluyan a todos, la designación de líderes preparados de las comunidades inmigrantes en puestos parroquiales y diocesanos, y esfuerzos especiales para ayudar a la juventud a encontrar su camino, desgarrada como muchas veces está entre dos culturas.

Un modelo exitoso de unidad en la diversidad fue Encuentro 2000: Muchos rostros en la Casa de Dios, la celebración de la National



Encuentro 2000: Muchos rostros en la Casa de Dios

Como celebración para el Año Jubileo 2000, la National Conference of Catholic Bishops auspició Encuentro 2000. Durante todo el año jubilar, miles de personas de muchas diferentes culturas participaron en grupos de discusión con un libro titulado *Muchos rostros en la Casa de Dios*. Estos grupos parroquiales emplearon un método de discusión llamado “proceso de invitación mutua”, el cual maximiza la participación intercultural. Estas discusiones parroquiales y reuniones a nivel diocesano y regional llevaron a una celebración nacional en Los Angeles del 6 al 9 de julio de 2000. Todos estos eventos honraron y afirmaron las muchas culturas en nuestra Iglesia. Encuentro 2000 fue una oportunidad para que la Iglesia en Estados Unidos se reuniera para abocarse a profundas reflexiones sobre la vida y la fe, rendir culto todos juntos, perdonarse unos a otros y reconciliarse, reconocer historias únicas y descubrir medios por los cuales las comunidades católicas pueden ser una sola Iglesia compuesta de diversas culturas y grupos étnicos. Más de 80 obispos y 5,000 representantes de 150 diócesis, los 50 estados y 157 diferentes grupos étnicos y grupos culturales tomaron parte en el evento nacional.

Conference of Catholic Bishops por el Año del Jubileo. En los materiales previos a la celebración, Encuentro 2000 ofreció un método de discusión llamado “proceso de invitación mutua”, que maximiza la participación intercultural. En la celebración misma, Encuentro 2000 fue una experiencia de la exuberancia y vitalidad, profunda fe y vida devocional de los participantes. Encuentro 2000 demostró también que la comunicación en una Iglesia multicultural es una verdadera posibilidad para el nuevo milenio.

El llamado a la solidaridad puede resumirse en el Mensaje por la Jornada Mundial del Emigrante 2000 del papa Juan Pablo II: “La Iglesia escucha el grito de sufrimiento de los desarraigados de su propia tierra, de las familias forzosamente divididas, de los que, en los rápidos cambios actuales, no encuentran una morada estable en ningún lugar. Percibe la angustia de quienes carecen de derechos y de toda seguridad, quedando a merced de cualquier tipo de explotación, y se hace cargo de su infelicidad” (Nº 6). Los obispos nos comprometemos a nosotros mismos y a todos los miembros de nuestras comunidades eclesiales a continuar con el trabajo de abogar por leyes que respeten los derechos humanos de los inmigrantes y preservar la unidad de la familia inmigrante. Alentamos a que se extiendan los servicios sociales, las clases de ciudadanía, los esfuerzos de organización comunitaria que aseguren mejores condiciones de vivienda, salarios decentes, mejor atención médica y adecuadas oportunidades educativas a inmigrantes y refugiados. Abogamos por reformar las leyes inmigratorias de 1996 que han socavado algunos derechos humanos básicos de los inmigrantes. Nos unimos a otras personas de buena voluntad en un llamado a oportunidades de legalización para el máximo número de personas indocumentadas, particularmente de quienes han generado bienes y contribuido de alguna otra manera a sus comunidades.

En *Ecclesia in America (La Iglesia en América)*, el papa Juan Pablo II llama a una “nueva evangelización” centrada en la persona de Jesucristo. “El ‘encuentro con Jesucristo vivo’ es ‘camino para la conversión, la comunión y la solidaridad’” (Nº 7). Tal encuentro, tan central en todas las actividades de nuestro Año Jubileo, lleva a una visión cotidiana del Señor resucitado, presente y activo en el mundo, especialmente en los pobres, en el forastero y en el migrante y refugiado. Estos inmigrantes, nuevos en nuestras tierras, nos llaman a salir de nuestra inconsciencia y llegar a una conversión de mente y corazón mediante la cual podamos ofrecer una acogida genuina y adecuada, compartir juntos como hermanos y hermanas en la misma mesa, y trabajar codo a codo para mejorar la calidad de vida de los miembros marginados de la sociedad. Al así hacerlo, trabajamos para llevar a todos los hijos de Dios a una más plena comunión, “la comunión querida por Dios, iniciada en el tiempo y dirigida a su perfección en la plenitud del Reino” (*Ecclesia in America*, Nº 33).

INTRODUCCIÓN: UNA IGLESIA INMIGRANTE, HOY COMO AYER



“Porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer; tuve sed y ustedes me dieron de beber. Fui forastero y ustedes me recibieron en su casa”. (Mt 25:35)

El 2 de junio de 2000, Jornada del Jubileo de los Emigrantes e Itinerantes, el papa Juan Pablo II miró por sobre la multitud de peregrinos que, iluminados por el sol, se congregaban en la Plaza de San Pedro provenientes de todas las naciones: emigrantes, refugiados, marineros, gitanos,¹ estudiantes extranjeros, trabajadores de circos y carnavales, trabajadores de la aviación, camioneros, toda variedad de gente en tránsito con sus obispos promotores, sus capellanes y directores espirituales. El papa celebró la Eucaristía, que produjo la unidad de esta gran diversidad de gente en la comunión del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Su Santidad les recordó que en la Iglesia están ellos destinados a experimentar esta comunión trinitaria. En la Iglesia debe su diversidad debe cimentarse en una profunda unidad. A través de los miembros de la Iglesia, las migraciones solitarias han de terminar en el abrazo de la solidaridad.

Esta visión jubilar del papa Juan Pablo II es la visión que nos guía a nosotros, los obispos de Estados Unidos, en nuestra

respuesta a los nuevos inmigrantes que han llegado recientemente a nuestras tierras.

Hace 20 años, en *Más allá del crisol: Pluralismo cultural en Estados Unidos*, los obispos de Estados Unidos hicimos notar que el pluralismo cultural era la herencia común de todos los estadounidenses. Al iniciarse el nuevo milenio, la “nueva inmigración” de todos los continentes del mundo llama la atención sobre la realidad de Estados Unidos como una “nación de inmigrantes” en su mayor parte, y sobre la diversidad de los orígenes nacionales y étnicos de todas las personas de este país. En este nuevo contexto, la comunidad católica viene reencontrándose rápidamente como una “iglesia inmigrante”, testigo de la diversidad de pueblos que componen nuestro mundo y al mismo tiempo de nuestra unidad en una sola humanidad, destinada a disfrutar la plenitud de las bendiciones de Dios en Jesucristo. Esta unidad en la diversidad fue celebrada en Encuentro 2000, auspiciado por la celebración jubilar principal de la National Conference of Catholic Bishops, que enfatizó los “muchos rostros en la Casa de Dios”.

Hace un siglo, la Iglesia respondió generosamente a las necesidades de los inmigrantes: construyendo parroquias y escuelas, estableciendo un vasto conjunto de instituciones caritativas, evangelizando a los recién llegados, y siendo evangelizada a su vez por católicos inmigrantes con sus propias tradiciones de culto y a menudo una profunda espiritualidad. Durante el mismo periodo llegaron miembros de las Iglesias Católicas Orientales, quienes no siempre fueron comprendidos por sus hermanos católicos, aunque fueron recibidos y se desarrollaron como miembros de la Iglesia en América. A pesar de los ataques de los “nativistas” y de las críticas formuladas por católicos anglófonos, se establecieron parroquias nacionales que brindaron un refugio seguro donde los recién llegados pudieran orar y escuchar la palabra de Dios en sus propios idiomas, empezar la

educación de sus hijos en el idioma del hogar y adaptarse así a su nueva sociedad con la seguridad de la comunidad y la fe. La Iglesia acogió a estos inmigrantes, apoyándolos en sus afanes por construir una vida mejor y alentando los esfuerzos de muchos de ellos por ayudar a forjar un movimiento laboral que los representara en esa lucha. Y entonces, como hoy —a pesar de las predicciones de los críticos—, los inmigrantes y sus hijos se convirtieron rápidamente en participantes vitales de la sociedad estadounidense, llegando a dominar el inglés en la segunda y tercera generación, ascendiendo en el sistema educativo y contribuyendo de miles de maneras al crecimiento económico y la vida social, política y espiritual del país.

¿QUIÉNES SON LOS NUEVOS INMIGRANTES?

La “nueva” inmigración a Estados Unidos tiene su origen en los cambios globales —tanto económicos como políticos— de los últimos 40 años y en los cambios legales que se dieron desde la Ley de Inmigración de 1965. Ésta abolió el sistema de cuotas que había favorecido sistemáticamente a inmigrantes de Europa Occidental y había impedido en gran parte la inmigración de Asia, África y Medio Oriente después de 1920. Mientras tanto, la guerra, las penurias económicas, el deseo de reunirse con la familia y las nuevas oportunidades legales desde los años 60 han impulsado una diversa inmigración desde América Latina y el Caribe, Asia y las islas del Pacífico, Medio Oriente, África, Europa Oriental y las desintegradas Unión Soviética y Yugoslavia.

Si bien entre los nuevos inmigrantes figuran muchos trabajadores no calificados que desempeñan tareas difíciles y domésticas como en el pasado, hay también entre los nuevos inmigrantes muchos trabajadores calificados, reclutados para puestos especializados como enfermeras, profesionales de la computación y científicos. Estados Unidos es así beneficiario de los años de educación, entrenamiento y experiencia que llega con estos



nuevos trabajadores. Aunque acogemos a todos los nuevos inmigrantes y reconocemos que nuestra Iglesia, como Estados Unidos en su conjunto, ha llegado a depender de los muchos talentos y profunda energía de los recién llegados, debemos también recordar a nuestro gobierno que la emigración de personas talentosas y capacitadas de los países más pobres representa una profunda pérdida para esos países. Y recordamos a los jefes de gobierno de todo el mundo que la emigración de todo tipo —pero especialmente la de quienes huyen de la guerra y la persecución, el hambre y las penurias económicas— es una señal del fracaso de la comunidad internacional en garantizar la seguridad y bienestar de todas las personas en sus respectivas patrias.

La resolución final de los problemas asociados con la migración forzada y la inmigración ilegal radica en cambiar las condiciones que mueven a las personas a dejar sus países de origen. En consecuencia, urgimos a los gobiernos del mundo, particularmente a nuestro propio gobierno, a promover una paz justa en los países

que se encuentren en guerra, a proteger los derechos humanos en los países que los nieguen y a fomentar el desarrollo económico de los países que no puedan proveer a sus propios pueblos. Urgimos también a los gobiernos de los países “receptores” a acoger a estos inmigrantes, atender sus necesidades inmediatas y posibilitarles hacerse autosuficientes lo más pronto posible.

LA MIGRACIÓN COMO SUPERVIVENCIA

Nunca debemos olvidar que muchos inmigrantes llegan a este país en circunstancias desesperadas. Algunos han huido de persecución política, guerra y devastación económica, particularmente del Sudeste del Asia en los años 70, América Central y el Caribe en los años 80, y la desintegrada Yugoslavia, la desaparecida Unión Soviética y África en los 90. Otros han apostado a encontrar una vida mejor en este país en vistas de la desesperación económica en su país de origen. Como ha observado el papa Juan Pablo II, “en muchas regiones del mundo se viven hoy situaciones de dramática inestabilidad e inseguridad. No es de extrañar que, en esos contextos, a los pobres y abandonados se les ocurra la idea de huir en busca de una nueva tierra que les pueda ofrecer pan, dignidad y paz. Es la emigración de los desesperados... Por desgracia, frecuentemente, la realidad que encuentran en las naciones a donde llegan es fuente de ulteriores desilusiones” (Mensaje por la Jornada Mundial del Emigrante 2000, N° 4).

Algunos refugiados² han disfrutado de la autorización y apoyo del gobierno de Estados Unidos, mientras que a otros se les ha negado atención y se les ha deportado sistemáticamente, y algunos han sido sometidos a humillante encarcelamiento bajo deplorables condiciones. Un creciente número de refugiados de los conflictos de los años 80 han obtenido residencia permanente; pero las disparidades en el tratamiento, procedimientos de asilo complicados e interminables, y las largas esperas para ser atendidos contribuyen al ya difícil proceso de adaptación que personas y familias que llegan

huyendo deben enfrentar. Tanto personas laicas individuales como agencias eclesíásticas han trabajado junto con organizaciones seculares para corregir estas situaciones y abordar los sufrimientos de los atrapados en el complejo y burocrático sistema de inmigración de Estados Unidos, cuyas políticas a menudo llevan a la fragmentación de las familias. Pero se necesita hacer más.

Inmigrantes indocumentados

Una realidad permanece constante en la experiencia estadounidense con la inmigración: la demanda de trabajo no calificado por parte de la economía estadounidense —y la correspondiente entrada de inmigrantes en busca de trabajo— en industrias intensivas en trabajo tales como agricultura, construcción, procesamiento de alimentos y servicios. Los inmigrantes indocumentados enfrentan penurias especiales en tales áreas. El Servicio de Inmigración y Naturalización (INS, siglas en inglés) estima que entre tres a cuatro millones de trabajadores indocumentados tienen algún empleo en este país, muchos de los cuales son pobremente remunerados, inseguros y peligrosos. Enfrentan discriminación en el centro laboral y en las calles, la amenaza constante de arresto y deportación, y el temor de que a ellos o a sus hijos se les niegue atención médica, educación u oportunidades laborales. Muchos llevan años viviendo en Estados Unidos, han establecido raíces en sus comunidades, han formado familias, pagan impuestos y contribuyen con la economía. Si son arrestados y deportados, dejan tras de sí niños y a veces cónyuges que son ciudadanos o ciudadanas estadounidenses. Si bien los cambios legales en los últimos años han permitido a muchos que se encuentran en esta situación cambiar su condición a la de residentes permanentes, la legislación inmigratoria de 1996 ha hecho esta opción más difícil para la vasta mayoría. Sin condonar la migración indocumentada, la Iglesia apoya los derechos humanos de todas las personas y les ofrece cuidado pastoral, educación y servicios sociales, sin importar en qué circunstancias hayan ingresado a este país, y trabaja por el respeto de la dignidad humana de

La Iglesia apoya los derechos humanos de todas las personas y les ofrece cuidado pastoral, educación y servicios sociales, sin importar en qué circunstancias hayan ingresado a este país.

todos, especialmente de quienes se encuentran en circunstancias desesperadas. Reconocemos que las naciones tienen el derecho de controlar sus fronteras. Reconocemos también y afirmamos con energía que todas las personas humanas, creadas como son a la imagen de Dios, poseen una dignidad fundamental que da origen a una más perentoria demanda de las condiciones dignas de la vida humana. En consecuencia, la Iglesia aboga también por oportunidades de legalización para el máximo número de personas indocumentadas, particularmente de quienes han generado bienes y contribuido de alguna otra manera con sus comunidades.

LAS FAMILIAS INMIGRANTES Y SUS COMUNIDADES

La vasta mayoría de los entre 600,000 y 900,000 inmigrantes admitidos anualmente en este país ingresan como familiares inmediatos de ciudadanos estadounidenses o residentes legales permanentes, tendencia que coincide con la enseñanza de la Iglesia de apoyar la reunificación familiar. Al mismo tiempo, el sistema de preferencia familiar sigue experimentando considerable lentitud, lo cual prolonga la separación de las familias. Las leyes inmigratorias de 1996 han disgregado familias establecidas en



Estados Unidos durante muchos años, a veces sobre la base de delitos menores ya debidamente purgados años atrás.

Más de un tercio de los nuevos inmigrantes se han naturalizado ciudadanos, y mientras más tiempo permanezcan aquí los inmigrantes, más probable que adquieran la ciudadanía; pero aquí también la Iglesia ve con suma preocupación leyes recientes³ que

Trabajo pastoral en muchos idiomas

Hoy en día muchas diócesis, desde Miami hasta Amarillo, Texas, sirven a una población hispánica mayoritaria. En Los Angeles, el crecimiento en la arquidiócesis en las últimas dos décadas ha reflejado perfectamente el crecimiento de la población inmigrante, especialmente la hispánica. La misa se dice en más de cincuenta diferentes idiomas en la arquidiócesis de Los Angeles, donde unos cincuenta y cinco grupos nacionales son atendidos por sacerdotes de sus propios países de origen. La Diócesis de Honolulu sirve desde hace tiempo a una comunidad diversa llegada de las islas del Pacífico y de Asia. Bajo su vicariato de pastoral étnica, la diócesis presta servicio pastoral a católicos chinos, filipinos, hispánicos, japoneses, coreanos, samoanos, tonganos y vietnamitas. La Arquidiócesis de Boston sirve a nueve diferentes grupos nacionales africanos, así como a diez grupos asiáticos, brasileños, haitianos, hispánicos de varias partes de América Latina y el Caribe, e inmigrantes de Europa. Y la Diócesis de Memphis ha establecido pastorales para católicos vietnamitas, polacos, nativos estadounidenses, filipinos y coreanos, además de más antiguas pastorales afroestadounidenses e hispánicas. La Diócesis de Stamford para católicos ucranianos tiene una oficina de servicio pastoral para personas provenientes de la desaparecida Unión Soviética. Éstos son sólo unos cuantos ejemplos.

han suprimido los beneficios básicos de los residentes legales que no son todavía ciudadanos y amenazan la posibilidad de muchos laboriosos inmigrantes de permanecer en este país.

Los inmigrantes experimentan las tensiones de su nueva situación mucho más que la sociedad que los rodea. Se han establecido en una tierra extranjera con leyes, costumbres e idioma que ellos deben dominar tarde o temprano, a menudo a gran costo personal. Luchan por forjar una comunidad entre ellos en la esperanza de darse el sentido de continuidad y seguridad que necesitan con objeto de enfrentar el nuevo mundo que han elegido o se han visto obligados a aceptar. No quieren renunciar a todo lo que aprecian



en sus propias formas de vida, ni quieren tampoco que sus hijos crezcan sin dichas tradiciones. Así, muchas familias prolongan en sí, en un grado u otro, las culturas de los padres inmigrantes, y hoy en día, uno de cada cinco estadounidenses disfruta de vínculos inmediatos con un legado cultural más allá de nuestras fronteras.

Estas realidades aseguran que sean pocos los estadounidenses que no hayan encontrado a inmigrantes recientes en este país en sus barrios y centros de trabajo. Long Beach, California, es hogar de más camboyanos que Phnom Penh. Los Angeles figura sólo detrás de Ciudad de México y Guadalajara en el número de residentes de

Las comunidades de inmigrantes proporcionan un creciente porcentaje de las vocaciones al sacerdocio y la vida religiosa así como del liderazgo laico al servicio de la Iglesia en Estados Unidos hoy.

origen mexicano. Chicago ha tenido a veces más personas de extracción polaca que Varsovia. Al mismo tiempo, ciudades rurales y pequeñas poblaciones de todo el país han empezado a sentir la presencia de inmigrantes en sus comunidades, algo no visto desde la gran ola inmigratoria de fines del siglo XIX.

LA NUEVA INMIGRACIÓN Y LA IGLESIA

Muchos de los nuevos inmigrantes son católicos. Probablemente más de 80% de los inmigrantes hispánicos fueron criados en la fe católica. Según algunos estimados, los hispánicos católicos — incluyendo la gran población de portorriqueños y mexicano-estadounidenses—⁴ podrían componer la mayoría de católicos en Estados Unidos dentro de los próximos 20 años. Pero otras poblaciones inmigrantes también incluyen gran número de católicos. Los filipinos, que representan casi 5% de la población inmigrante, son en su gran mayoría católicos. Unos 350,000 de los 1.4 millones de inmigrantes vietnamitas en este país son católicos. A estos católicos se les unen los miles de católicos orientales provenientes de la desaparecida Unión Soviética, Medio Oriente e India. Un menor pero significativo número de los inmigrantes chinos, coreanos, japoneses, laosianos, srilankeños, indonesios,

tonganos, samoanos y de la India son también católicos. Entre el creciente número de inmigrantes de África, muchos son católicos, criados en la vibrante cultura católica de la región de más rápido crecimiento de la Iglesia.

A lo largo del siglo, la liturgia y el decorado de los templos reflejan crecientemente los dones culturales de los nuevos inmigrantes, con sus propias imágenes de María y los santos, sus canciones y sus propias celebraciones realizadas junto con las de generaciones inmigrantes más antiguas. Y las comunidades de inmigrantes proporcionan un creciente porcentaje de las vocaciones al sacerdocio y la vida religiosa así como del liderazgo laico al servicio de la Iglesia en Estados Unidos hoy. El perfil aquí expuesto referente a los nuevos inmigrantes que son católicos no debe minimizar la generalizada preocupación de la Iglesia por todos los recién llegados, sin consideración de sus tradiciones religiosas o ausencia de éstas.

EL LLAMADO DE LA IGLESIA



En este contexto de oportunidad y desafío que constituye la nueva inmigración, los obispos de Estados Unidos reafirmamos el compromiso de la Iglesia, en palabras del papa Juan Pablo II, de trabajar “para que se respete la dignidad de toda persona, para que el inmigrante sea acogido como hermano y para que toda la humanidad forme una familia unida, que sepa valorar con discernimiento las diversas culturas que la componen” (Mensaje por la Jornada Mundial del Emigrante 2000, N° 5). Llamamos a todos los pueblos de buena voluntad, pero a los católicos especialmente, a acoger a los recién llegados en sus barrios y escuelas, en sus centros de trabajo y culto, con sincera hospitalidad, apertura y disposición tanto a ayudar como a aprender de nuestros hermanos y hermanas, de cualquier raza, religión, grupo étnico o formación cultural.

UNA TRADICIÓN DE ACOGIDA Y PREOCUPACIÓN PASTORAL

Este llamado se basa en el rico legado de las Escrituras y la enseñanza de la Iglesia. Los patriarcas mismos fueron nómadas. Asentados por la mano de Dios en los tiempos de Abraham, pronto migraron a Egipto, donde sufrieron opresión y fueron liberados una vez más por la mano de Dios. De esta experiencia se deriva un profundo aprecio por el drama del migrante, subrayado en las

palabras de las Escrituras: “No opriman a los extranjeros, pues ustedes saben lo que es ser extranjero. Lo fueron ustedes en la tierra de Egipto” (Ex 23:9). “Cuando un forastero viva junto a ti, en tu tierra, no lo molestes. Al forastero que viva con ustedes lo mirarán como a uno de ustedes y lo amarás como a ti mismo, pues ustedes también fueron forasteros en Egipto” (Lev 19:33-34). La Tora hace provisiones especiales para los inmigrantes con el recordatorio de que “fuiste esclavo en Egipto” (Dt 16:9-12): “Cada tres años separarás el diezmo de todas las cosechas del año, pero lo guardarás en tu ciudad. Vendrá entonces a comer el levita, que no tiene herencia propia entre ustedes, y el extranjero, el huérfano y la viuda, que habitan tus ciudades, y comerán hasta saciarse. Así Yavé bendecirá todas las obras de tus manos, todo lo que hayas emprendido” (Dt 14:28-29).

En verdad, la experiencia del exilio, la opresión y la liberación hacia la Tierra Prometida es el acto central del drama de la salvación para el judaísmo. En honor de haber liberado Dios a su pueblo, Israel recibió el mandato de mostrar justicia con todos: “Porque Yavé es el Dios de los dioses y el Señor de los señores, el Dios grande, el Dios fuerte y terrible, el que da un trato igual a todos y no se deja comprar con regalos. Hace justicia al huérfano y a la viuda, y ama al forastero dándole pan y vestido. Ama, pues, al forastero, porque forastero fuiste tú mismo en el país de Egipto” (Dt 10:17-19). Jesús se hace eco de esta tradición cuando proclama proféticamente, “Porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer; tuve sed y ustedes me dieron de beber. Fui forastero y ustedes me recibieron en su casa” (Mt 25:35).

La Iglesia ha permanecido fiel a este llamado de cuidar de los migrantes de toda clase y ha respondido a él a lo largo de los siglos. La constitución apostólica *Exsul Familia*, promulgada por el papa Pío XII en 1952, toma su nombre de su evocación de la “Sagrada Familia de Nazaret emigrada, huyendo a Egipto”, a la

cual el papa señaló como “el arquetipo de todas las familias refugiadas”. El papa Juan Pablo II recuerda una larga tradición de solicitud papal a los inmigrantes y refugiados, haciendo notar la hospitalidad a los forasteros y refugiados ofrecida tradicionalmente por la Santa Sede y recordando las palabras del Cuarto Concilio Lateranense de 1215: “Encontramos en la mayoría de los países, ciudades y diócesis personas de diversos idiomas que, aunque enlazadas por una sola Fe, tienen diversos ritos y costumbres. En consecuencia, mandamos estrictamente que los obispos de estas ciudades o diócesis proporcionen los hombres adecuados, los cuales celebrarán las Funciones Litúrgicas según sus ritos e idiomas”. El papa cita con orgullo, como una prueba de la constante solicitud de la Iglesia en este respecto, las provisiones para el establecimiento de “parroquias nacionales” en Estados Unidos en el siglo XIX para albergar a los inmigrantes de esa época.

El Concilio Vaticano II llamó igualmente a las conferencias nacionales de obispos a prestar especial atención a quienes “no pueden disfrutar convenientemente del cuidado pastoral ordinario de los párrocos, o carecen totalmente de él”, incluyendo “muchísimos emigrantes, desterrados y prófugos”, y a idear

Iglesias Orientales Católicas en Estados Unidos

Hoy en día, encontramos desperdigadas por todo Estados Unidos vibrantes comunidades de Iglesias Orientales Católicas, entre ellas las antiguas iglesias de India (las Iglesias Malabar y Malankara) y Etiopía (la Ge'ez); las Iglesias Copta, Maronita, Siria y Chaldea de Egipto y el Medio Oriente; la Iglesia Armenia, y las muchas iglesias de la tradición bizantina. Cada una tiene sus propias y peculiares disciplinas, liturgias y teologías que se remontan a muchos cientos de años, pero todas son parte de la Iglesia universal, como nos recuerda el Concilio Vaticano II (*Lumen Gentium*, N° 23).

soluciones para ellos (*Christus Dominus*, N° 18), llamado respaldado por el papa Pablo VI al aprobar una revisión de normas eclesiásticas referentes al servicio pastoral para inmigrantes. Su *Instrucción sobre el cuidado pastoral a gente que migra* afirmó que “la gente migrante lleva consigo su propia mentalidad, su propio idioma, su propia cultura y su propia religión. Todas estas cosas son parte de un cierto legado espiritual de opiniones, tradiciones y cultura que perdurarán fuera de la tierra natal. Sea este legado valorado altamente en todas partes” (N° 11).

Estas palabras deben aplicarse con especial fuerza a los miembros de las numerosas Iglesias Católicas Orientales, que preservan antiguas tradiciones de ritos y prácticas que se remontan a los días de los apóstoles. En plena comunión con la Iglesia Católica, ellas son las portadoras de las auténticas enseñanzas de la Iglesia, cada una según sus propias tradiciones. Debido a agitación política, guerra y persecución religiosa, el siglo XX vio una emigración sin precedentes —que continúa hoy día— de católicos orientales que son una minoría en sus países de origen y que deben luchar por mantener su fe y sus tradiciones en Estados Unidos en el contexto de la Iglesia latina predominante.

El papa Juan Pablo II urge en su carta apostólica *Oriente Lumen* a “una conversión de la Iglesia latina, para que respete y valore plenamente la dignidad de los orientales y acoja con gratitud los tesoros espirituales de los que son portadores las Iglesias orientales católicas en beneficio de toda la comunión católica” (N° 21).

Los inmigrantes entre nosotros traen así una riqueza que estamos llamados a abrazar, tanto por ellos como por nosotros mismos. Como observó el papa Pablo VI, en palabras recientemente recordadas por el papa Juan Pablo II, “La Iglesia no puede considerar a nadie como excluido de su maternal abrazo, a nadie

“La Iglesia no puede considerar a nadie como excluido de su maternal abrazo”.

como fuera del alcance de su cuidado maternal. No tiene enemigos excepto quienes deseen serlo por sí mismos. Su catolicismo no es jactancia ociosa. No fue por nada que recibió su misión de promover el amor, la unidad y la paz entre los hombres” (*Ecclesiam Suam*, N° 94). El camino para el cumplimiento de esta misión fue presentado el 22 de enero de 1999, cuando el papa Juan Pablo II, parado al pie de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en Ciudad de México, entregó a toda la Iglesia la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America* —*Sobre el Encuentro con Jesucristo vivo, Camino para la Conversión, la Comunión y la Solidaridad en América*. Este es el camino que seguiremos en este documento.



UN LLAMADO A LA CONVERSIÓN



Aunque celebramos la diversidad dentro de nuestras comunidades, los obispos debemos también confesar que hoy en día, como en el pasado, el trato al inmigrante refleja con excesiva frecuencia deficiencias de entendimiento y patrones pecadores de chauvinismo, prejuicio y discriminación que niegan la unidad de la familia humana, de la cual el bautismo es nuestra señal perdurable. Tales patrones, en palabras del papa Juan Pablo II, “ponen de manifiesto la urgencia de una transformación de las estructuras y de un cambio de mentalidad, a los que el gran jubileo del año 2000 invita a los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad” (Mensaje por la Jornada Mundial del Emigrante 2000, N° 1). Para los católicos en especial, un reconocimiento de deficiencias de cara a las oportunidades y desafíos de la nueva inmigración debe servir como un llamado a una renovación de los votos bautismales, a través del arrepentimiento y de compartir la misericordia del Señor que reunió a todos en sí mismo en la unidad de los hijos de Dios.

Los obispos debemos confesar, asimismo, que los nuevos inmigrantes no siempre han encontrado acogida en la Iglesia. Hoy los inmigrantes de todo tipo enfrentan, demasiado a menudo, prejuicios dentro de la Iglesia. A veces su legítimo deseo de practicar los ritos en su propio idioma, según sus propias tradiciones, no ha sido satisfecho. Algunos han sido rechazados por los pastores, o

han encontrado oposición de miembros de la comunidad parroquial en su petición de una misa en su propio idioma y de compartir las instalaciones parroquiales. Para los que viven lejos de grandes poblaciones de personas que comparten su legado, a menudo no hay más alternativa que debatirse en la misa en inglés mientras las expresiones más profundas de su espíritu claman en silencio en otro idioma. Donde la Iglesia no ha sido hospitalaria, muchos se han vuelto a otras fuentes de comunidad y realización religiosa, pero al costo de abandonar las riquezas de su fe católica y las tradiciones de su país de origen.

OLVIDO DE NUESTRO LEGADO

Quizá el mayor obstáculo para acoger al forastero es que muchos estadounidenses han olvidado su pasado inmigrante. El “nativismo” asume que sólo hay una imagen del “verdadero estadounidense” y que los inmigrantes no están a la altura de ésta o que se niegan intencionalmente a estarlo. Originalmente dirigido contra católicos de toda clase, hoy tal nativismo puede verse en una campaña contra el “multiculturalismo” en todas sus formas, con base en la premisa de que la reverencia a tradiciones e historias característicamente diferentes socava la unidad de la sociedad estadounidense. Como los “americanizadores” católicos del siglo XIX, que se oponían al establecimiento de parroquias nacionales, hoy en día los críticos del multiculturalismo quieren que los inmigrantes y otros grupos característicos se despojen de sus idiomas, costumbres e identidades tan rápidamente como sea posible, para volverse estadounidenses “tal como el resto de nosotros”. Pero “el resto de nosotros” es, de hecho, una sociedad culturalmente plural—católicos, protestantes, judíos y musulmanes; creyentes y no creyentes; sureños y norteños; irlandeses, italianos y mexicanos—, orgullosos de nuestros legados y orgullosos de ser estadounidenses, todo junto.

Abriendo las puertas a muchas culturas: Parroquia de la Natividad en Washington, D.C.

En los primeros cincuenta años de su historia, la Iglesia de la Natividad de Jesús Nuestro Señor en Washington D.C. tuvo una estable comunidad caucásica que a principios de los años 50 llegó a tener 15,000 miembros. Cuando el arzobispo Patrick O'Boyle integró escuelas y parroquias, la parroquia pasó en casi diez años a estar constituida mayormente por afroestadounidenses.

Esto fue sólo el comienzo de la experiencia multicultural de Natividad. En los años siguientes, la comunidad católica afroestadounidense acogió a vecinos caribeños, afrolatinos y africanos. En 1994, la Parroquia de la Natividad abrió sus puertas a las 400 familias de la comunidad católica nigeriana. Al principio, las comunidades seguían caminos separados, con las tensiones consiguientes. Un avance se produjo el Domingo de la Sagrada Familia, cuando se celebró el primer servicio de culto compartido. A éste le siguieron muchos jubilosos servicios compartidos, especialmente con la visita de obispos nigerianos. Pronto niños nigerianos ingresaban a las escuelas y al servicio del altar. Nigerianos adultos ocupaban puestos en el consejo parroquial, e integraban los coros. Los miembros de Natividad incluyen también 150 familias filipinas. El coro El Shaddai, de doce voces, se une en ocasiones especiales con el coro nigeriano y el Coro del Evangelio en una jubilosa combinación de voces y ritmos. Está surgiendo un repertorio común de canciones congregacionales.

Como resultado de las guerras en América Central, más de 1,000 latinos se han trasladado a la parroquia. Estos ingresos han tensado una situación social ya compleja, pero la parroquia está trabajando en medios de ayudar a los hispánicos ofreciendo clases de inglés, asistencia migratoria y un centro de juventud y familia. La arquidiócesis ha financiado un programa para ayudar a hacer la Escuela Católica más accesible a los hispánicos. La escuela tiene ahora un consejero de inglés como segundo idioma así como español en los ocho grados. A esto se añade una pequeña pero creciente comunidad francófona de Haití y otros países francófonos en el Caribe y África. Han formado un grupo francófono Renovación 2000. Natividad está tratando de mantener un crecimiento sostenido como familia parroquial que sea modelo de inclusión, hospitalidad y evangelización.

En la Iglesia misma se hace notar un tipo de nativismo cuando miembros establecidos insisten en que hay sólo una manera de practicar los ritos, un solo conjunto de himnos familiares, un único pequeño puñado de devociones familiares, una sola manera de organizar una comunidad parroquial, un solo idioma para todos, y que los inmigrantes deben adaptarse a esa manera de hacer las cosas. Con semejante actitud, tales nativistas olvidan no sólo que sus ancestros hablaban idiomas diferentes y practicaban ritos distintos no hace mucho tiempo, sino que sus devociones y santos familiares, incluso sus patrones de organización eclesiástica, surgieron de encuentros entre tradiciones disímiles dentro de la Iglesia.

COMPETENCIA POR RECURSOS

La competencia por recursos y reconocimiento entre los grupos étnicos de la parroquia se centra a menudo en especificidades tales como las horas de misa, el uso de instalaciones y la atención de los sacerdotes; pero tales conflictos pueden reflejar vagos temores de que un grupo desplace de alguna manera a otro que ya lleva tiempo establecido. Los feligreses establecidos, acostumbrados a considerar como norma sus prácticas parroquiales y tradiciones religiosas, pueden aferrarse a su control sobre el consejo parroquial u horas “primas” de la misa de domingo. Pueden encontrarse una crecientemente como una minoría y reaccionar con temor para proteger la parroquia donde han crecido y donde vieron a sus hijos bautizados y educados en la fe. Los católicos afroestadounidenses, que tienen su propia historia de exclusión y discriminación dentro de la Iglesia mayor, como en la sociedad en general, ahora enfrentan a recién llegados en muchas de sus parroquias, recién llegados que amenazan su control sobre las pocas instituciones en que han llegado a sentirse en casa. En algunos casos, múltiples grupos de inmigrantes compiten entre sí dentro de una sola parroquia. En otros casos, el clero inmigrante lucha con su obispo o pastor por el control de las finanzas de un

grupo inmigrante o por autoridad final sobre la congregación. Si bien tal competencia puede ser destructora de la vida comunitaria, las problemáticas involucradas son a menudo reales, y requieren sabiduría, mucha caridad y cuidadosa mediación para llegar a soluciones que respeten las inquietudes legítimas de todas las partes.

TEMORES CULTURALES

Los temores asociados con encuentros entre grupos suelen ser difíciles de superar, precisamente porque no son reconocidos o no son claros. Algunos temen porque no saben comportarse con personas de una cultura diferente. Otros —por ignorancia, por basarse en estereotipos— están convencidos de que los que son diferentes son también en cierta medida inferiores: menos educados, “sucios” o peligrosos. Las imágenes negativas y chistes y observaciones despectivos se mezclan prestamente con el racismo, el “pecado original” de Estados Unidos, lo cual refuerza el temor a lo desconocido en la mente de muchas personas, creando estereotipos sobre personas cuyos rasgos faciales o color de piel las identifican como asiáticas, árabes, africanas o mexicanas. En algunos casos, el racismo se ha enraizado tan profundamente que prevalece un racismo institucional. Las actitudes racistas pueden persistir de maneras sutiles, incluso cuando la gente se llega a conocer en actividades parroquiales, a menos que nos eduquemos vigorosamente acerca de nuestros vecinos, aprendamos a apreciar sus legados, nos encontremos con la imagen que ellos tienen de nosotros y nos esforcemos por trabajar con ellos en pro de causas comunes.

Algunos de nuestros temores están vinculados con lo que vemos como defensa de nuestra propia cultura o modo de vida. Mucha gente se aferra —legítimamente— a su cultura distintiva. Temen perder sus propios modos familiares de hacer las cosas a medida que se van encontrando con nuevas imágenes y prácticas de vida y

culto en comunidad que les son extrañas. Los mismos inmigrantes temen a menudo a otros grupos y les preocupa que sus hijos pierdan los valores del país natal, lleguen a perder el respeto a sus padres y mayores y cambien su propia cultura por los valores consumistas de la sociedad que los rodea. Tales inquietudes están bien fundadas, y agravan las dificultades de adaptación a un nuevo entorno pues tanto anfitrión como inmigrante reaccionan, uno contra el otro, con temor al cambio.

El cambio, sin embargo, es inevitable a medida que los inmigrantes echan raíces en este país, enriqueciendo la cultura estadounidense al tiempo que ellos mismos adoptan aspectos de ésta. En verdad, sería un error considerar cualquier cultura como fija e inmutable. Todas las culturas están en constantes procesos de cambio conforme sus miembros buscan nuevas formas de abordar necesidades individuales y grupales y a medida que se encuentran con nuevas situaciones y otras culturas. En verdad, ninguna cultura es permanente o perfecta. Todas deben ser constantemente evangelizadas y exaltadas por la buena nueva de Jesucristo. El encuentro entre culturas, que es un asunto cotidiano en la incorporación de inmigrantes en la Iglesia y las comunidades de Estados Unidos, debe provocar no sólo adaptación de ambas partes sino también un discernimiento crítico de las fortalezas y deficiencias de cada cultura a la luz del Evangelio.

OBSTÁCULOS INSTITUCIONALES

Insuficiencias institucionales han impedido también la plena acogida y comunión a la que la Iglesia está llamada. Las estructuras parroquiales y diocesanas no siempre han sido lo bastante flexibles para acomodar al súbito ingreso de nuevos grupos. Las parroquias se han encontrado sirviendo a comunidades de fe que recogen miembros de mucho más allá de los confines parroquiales, planteando interrogantes sobre las fuentes y límites de los recursos parroquiales. Y lamentablemente, algunas parroquias han encontrado

Ninguna cultura es permanente o perfecta. Todas deben ser constantemente evangelizadas y exaltadas por la buena nueva de Jesucristo.

que sus feligreses han asimilado la actitud social posterior a los años 60 de excluir a los nuevos inmigrantes. En muchos casos, católicos inmigrantes han sido atraídos a iglesias evangélicas y pentecostales, abandonando su fe católica.

Muchos pastores luchan por albergar comunidades de culto separadas que celebran su fe en sus lenguas nativas dentro de la misma parroquia. Los pastores se esfuerzan por atender las necesidades de múltiples grupos culturalmente diversos que son demasiado pequeños para sostener sus propios programas eucarísticos y especializados. Igualmente, es posible que pastores que deseen servir a quienquiera se acerque al altar carezcan de la experiencia o los modelos para saber acudir en auxilio de recién llegados que no son católicos, o cuyo catolicismo no ha incluido una vida litúrgica regular, o cuya fe está vinculada más estrechamente al hogar y la familia que a la comunidad parroquial.

Las comunidades de inmigrantes deben encontrar sacerdotes dispuestos y en capacidad de administrar los servicios espirituales en su idioma y un lugar donde reunirse para practicar sus ritos y actividades comunitarias. A menudo desconocen cómo abastecerse de textos litúrgicos y materiales educativos y cómo desarrollar un sentimiento de comunión con una diócesis cuyo idioma no es el propio. Luchan por equilibrar las competitivas demandas de las

La Iglesia del siglo XXI requiere una profunda conversión en espíritu y en sus instituciones para reflejar su propio pluralismo cultural.

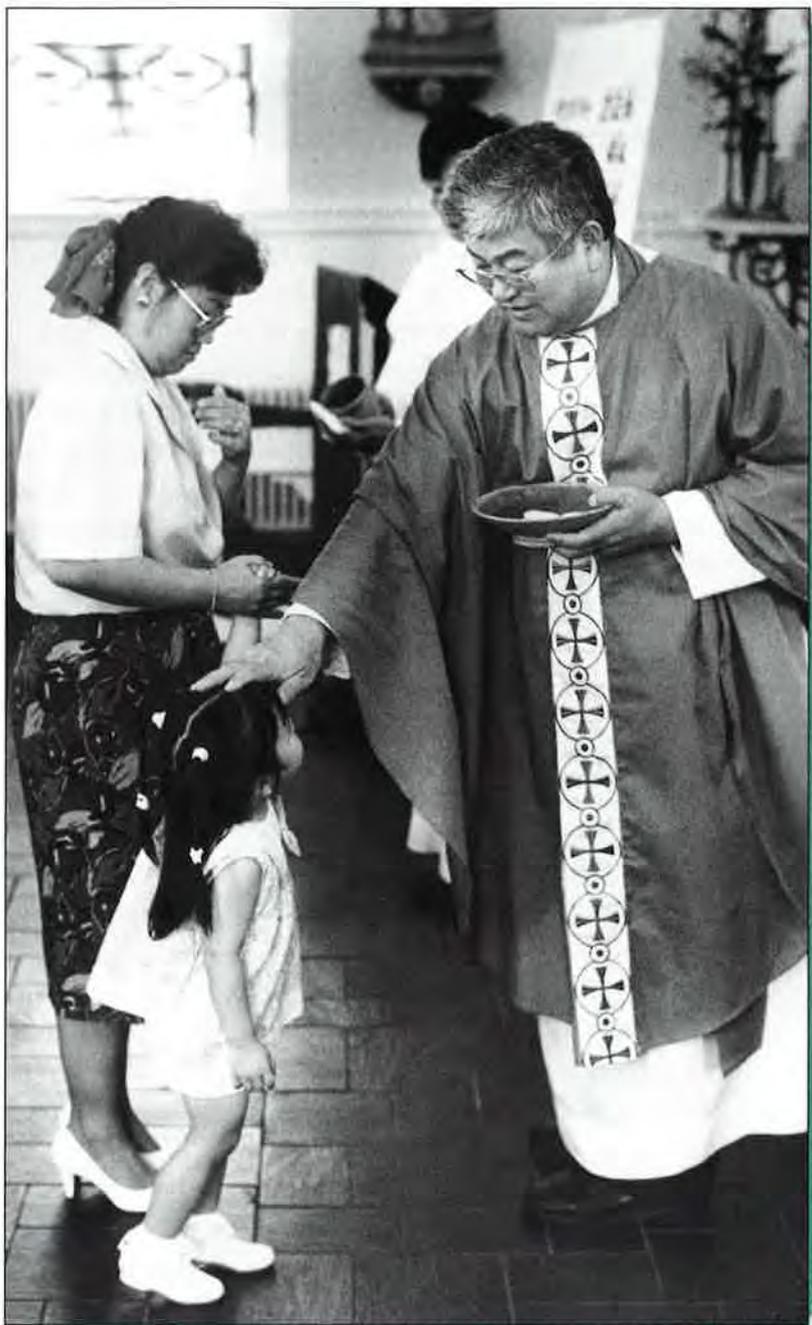
escuelas estadounidenses y la cultura mayor por su juventud con sus propios deseos de beneficiar a sus hijos con los valores y cultura tradicionales. Los sacerdotes inmigrantes pueden encontrarse celosos de su propia autonomía y preferir relacionarse con sus propias asociaciones de sacerdotes y diócesis de origen que con los sacerdotes y diócesis de su ciudad de residencia en Estados Unidos, donde pueden sentir falta de hospitalidad.

Las tensiones y debates ocasionados por tales inquietudes pueden a veces llevar a un mayor entendimiento dentro de la Iglesia. Pero pueden también llevar, en casos extremos, a dolorosos cismas y el alejamiento de los fieles de la Iglesia. En conjunto —y a pesar de los esfuerzos de muchas diócesis—, tales tensiones dejan en claro que la Iglesia no ha abordado adecuadamente el sinnúmero de cuestiones que rodean el ministerio pastoral para con los nuevos inmigrantes. En este y los otros aspectos mencionados arriba, la Iglesia del siglo XXI requiere una profunda conversión en espíritu y en sus instituciones para reflejar su propio pluralismo cultural, abordar las necesidades de la entera comunidad católica y promover una genuina comunión y solidaridad entre los diversos miembros del Cuerpo de Cristo.

Este debate sobre la respuesta efectiva y adecuada de las actuales instituciones de la Iglesia a la nueva realidad de los inmigrantes

se hace eco de la discusión del Sínodo de América y *Ecclesia en America* sobre la efectividad de las estructuras parroquiales:

Una atención especial merecen, por sus problemáticas específicas, las parroquias en los grandes centros urbanos, donde las dificultades son tan grandes que las estructuras pastorales normales resultan inadecuadas y las posibilidades de acción apostólica notablemente reducidas. No obstante, la institución parroquial conserva su importancia y se ha de mantener. Para lograr este objetivo hay que “continuar la búsqueda de medios con los que la parroquia y sus estructuras pastorales lleguen a ser más eficaces en los espacios urbanos” (Nº 41).



UN LLAMADO A LA COMUNIÓN



Como católicos, estamos llamados a tomar medidas concretas para superar los malentendidos, ignorancia, competencia y temor que obstruyen el camino a la genuina acogida al forastero entre nosotros y al disfrute de la comunión que es nuestro destino como Hijos de Dios. En consecuencia, nos comprometemos a trabajar por fortalecer la comprensión entre las muchas culturas que comparten nuestra fe católica, promover la comunicación intercultural entre nuestro pueblo y ver que quienes prestan los servicios espirituales en nuestras comunidades adquieran el idioma y habilidades culturales necesarios para el cuidado pastoral de los inmigrantes entre nosotros.

ENTENDER A LOS DEMÁS, PRIMERA FORMA DE HOSPITALIDAD

Una y otra vez, el papa Juan Pablo II se ha hecho eco de las enseñanzas de sus predecesores y del Concilio Vaticano II de que “es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadero plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores naturales” (*Gaudium et Spes*, N° 53) y que en consecuencia despojar a una persona de su cultura es dañar gravemente la dignidad humana. La comunión no elimina las diferencias sino que reúne a una sola familia, diversa y unida en el único Señor. El papa Pablo VI instó a que deba “evitarse que estas diversidades y adaptaciones en concordancia con los diversos

Trayendo dones y compartiendo riquezas culturales: *Simbang Gabi*

Simbang Gabi —literalmente “ir a la iglesia al anochecer”— es la novena tradicional previa a la Navidad en Filipinas. Esta novena de misas, que usualmente empieza la noche del 16 de diciembre, tiene lugar en la iglesia parroquial. Catequesis sobre los valores evangélicos en la cultura filipina, sobre María y sobre su papel en la Encarnación son puntos destacados de *Simbang Gabi*.

Simbang Gabi manifiesta el rito filipino de celebrar la vida de maneras más festivas mediante oraciones, música, imágenes navideñas y símbolos integrados en los nueve días de celebraciones litúrgicas. Y como es costumbre en las reuniones filipinas, después de la misa y la catequesis, la celebración continúa con una variedad de cenas nativas compartidas por la comunidad de culto.

Los inmigrantes filipinos han introducido el *Simbang Gabi* en sus parroquias locales en Estados Unidos. En Chicago, donde hasta cincuenta parroquias tienen significativa presencia filipina, la celebración está muy difundida. Teresita Nuval, directora diocesana de Pastorales Asia/Pacífico, explica que *Simbang Gabi* ha sido asumido por muchos pastores estadounidenses, incluso en parroquias donde hay pocos filipinos, porque ven en el significado de celebrar la Navidad como experiencia de fe como un saludable antídoto al materialismo prevaleciente que actualmente se practica. En Los Angeles, *Simbang Gabi* se ha convertido en celebración interparroquial y multiétnica. En Houston, Miami, Seattle y otras ciudades de todo el país, está ganando aceptación, junto con otra más familiar, las Posadas, como una manera de enriquecer la celebración de la Navidad para católicos de todas las formaciones culturales. En Honolulu, las misas se celebran al alba (Misa Aguinaldo/Misa de Gallo), seguidas por un desayuno de la comunidad.

grupos étnicos, aun cuando legítimas, ocasionen daño a la unidad a la que todos están llamados en la Iglesia” (*Pastoralis Migratorum Cura*). Así, las normas de la Iglesia para el cuidado pastoral de los inmigrantes tratan de equilibrar los derechos legítimos de los inmigrantes con su deber de mirar por el bien común tanto de sus

comunidades de origen como de las comunidades que los reciben (*Instrucción sobre el cuidado pastoral de gente que migra*, N° 5-11).

La Iglesia abraza el rico pluralismo cultural de esta nación inmigrante, lo que algunos llaman su realidad “multicultural”.⁵ El papa Juan Pablo II insiste en que “los miembros inmigrantes de la Iglesia, al tiempo que ejercen libremente sus derechos y deberes y están en plena comunión eclesial en las iglesias particulares, sintiéndose cristianos y hermanos con todos, deben poder mantenerse completamente como son en lo que concierne a idioma, cultura, liturgia y espiritualidad y tradiciones particulares” (Discurso por la Jornada Mundial del Emigrante, 16 de julio de 1985). En verdad, el papa advierte repetidamente contra los intentos de apresurar un proceso de asimilación o adaptación cultural en nombre de la unidad, porque la meta es el mutuo enriquecimiento de las personas, no su asimilación a una sola manera de ser humano. Así se dirigió el papa a los refugiados en el campamento de Phanat Nikon, Tailandia, en noviembre de 1984, diciendo: “Mi corazón está con ustedes. Tengan fe en ustedes mismos. No olviden su identidad como personas libres con su propio y legítimo lugar en este mundo. ¡No pierdan su personalidad distintiva como pueblo! Permanezcan firmemente enraizados en sus respectivas culturas. El mundo necesita aprender más de ustedes y participar del aprecio del carácter único que ustedes constituyen”.

El papa enseña que los inmigrantes deben salvaguardar sus culturas para el enriquecimiento del mundo. Pero las culturas de los inmigrantes sólo podrán enriquecer este país cuando todos los estadounidenses —los inmigrantes recientes y los ya hace tiempo asentados en este país— abran sus corazones y mentes a sus vecinos y lleguen a apreciar las diversas culturas que componen esta sociedad. El conocimiento de las culturas no puede provenir sólo de los libros, sino que debe llegar de los esfuerzos concretos de las personas individuales por llegar a conocer a sus vecinos, en toda su diversidad.

La acogida y hospitalidad que pedimos que nuestras parroquias extiendan a los recién llegados deben incluir iniciativas del pastor y personal parroquial, individuos y familias, concilios parroquiales, comités litúrgicos, entidades de carácter social, grupos juveniles y otras organizaciones parroquiales para emprender los esfuerzos especiales necesarios para aprender sobre las culturas existentes entre ellos e intercambiar visitas con comunidades de culto y parroquias donde se establezcan diferentes grupos culturales. Eventos especiales tales como cenas internacionales, eventos sociales comunes y fiestas parroquiales multiculturales pueden ayudar a introducir a los diversos miembros de la parroquia a otras culturas y pueden llevar a mayores intercambios entre grupos. Se alienta a la parroquia a auspiciar foros en que miembros de diferentes culturas puedan compartir abiertamente sus respectivas y singulares formaciones culturales e identificar áreas de unidad.

La celebración eucarística es central a la vida de la Iglesia y a nuestra comunión mutua como católicos en el mismo y único Señor. Cada vez que las diversas culturas de la parroquia y diócesis pueden compartir la Eucaristía en celebraciones especiales que reflejen las riquezas culturales de los participantes, la Iglesia demuestra en el sacramento de nuestra unidad el rostro multicultural de la Iglesia, proclamando “con gozo y fe firme que Dios es comunión, Padre, Hijo y Espíritu Santo, unidad en la distinción, el cual llama a todos los hombres a que participen de la misma comunión trinitaria” (*La Iglesia en América*, N° 33).

COMUNICACIÓN INTERCULTURAL

Los esfuerzos por aprender y practicar juntos los ritos pueden llegar a nada en absoluto —o incluso reforzar prejuicios— a menos que sean llevados con un espíritu de apertura y caridad. No todo en una cultura contará con la aprobación de los demás. Puede haber desacuerdo sobre las prácticas de crianza de los niños, el lugar de las mujeres en la liturgia, los estilos de predicar

Congregando a los dispersos en el extranjero: Servicio pastoral a los kmhmu' en California

El padre Don MacKinnon llevaba años trabajando en uno de los barrios más rudos de San Francisco cuando se le pidió ayudar a un pequeño grupo de refugiados de las montañas de Laos. Encontró gente desesperadamente pobre, con poco conocimiento de cómo manejarse en los alrededores de las populosas comunidades de East Bay, en el norte de California, pero anhelantes de auxilio pastoral en su propio idioma. Al padre MacKinnon se le unió la Hmna. Michaela O'Connor en este nuevo apostolado.

El idioma kmhmu' no tiene alfabeto formal ni tradición escrita. El padre MacKinnon y la hermana Michaela tuvieron que aplicarse a aprender el idioma a la manera de los niños: sumergiéndose en la vida de la comunidad. Al mismo tiempo, estaban determinados a suministrar la liturgia en idioma kmhmu' a este aislado grupo. Empezaron grabando himnos. La comunidad hizo circular prestamente las cintas entre sus miembros en todo el norte de California y una comunidad distante en Nueva York. Cuando tuvieron suficiente dominio del idioma, grabaron en video la misa en kmhmu'. Luego se volcaron al problema de desarrollar un alfabeto y empezaron registrando las canciones y oraciones de la comunidad en su idioma.

La mayor parte de su tiempo el padre MacKinnon y la hermana Michaela lo dedican al esfuerzo cotidiano de ayudar a la gente con los problemas legales y económicos de establecerse en un nuevo mundo. Sin embargo, sus esfuerzos por suministrar la liturgia en el idioma kmhmu' dan a los kmhmu' un sentido de orgullo y pertenencia que les permite hacer frente a la lucha diaria.

o las expresiones convenientes de la piedad. Tales diferencias son inevitables incluso dentro de una cultura. Pero en los encuentros interculturales, los desacuerdos deben estar informados con el entendimiento de las raíces de las actitudes y prácticas de la gente y con el respeto por su derecho a encontrar su propio camino dentro del mismo Evangelio. El entendimiento provendrá de un creciente conocimiento de la historia, valores y experiencias de otros.

El respeto debe nacer de la caridad y la fe en la unidad última en Cristo de toda la humanidad.

La comunicación intercultural —esfuerzos sostenidos, emprendidos por personas de diversas culturas, por apreciar sus diferencias, resolver conflictos y aprovechar los puntos en común— será así un importante componente para el conocimiento y respeto de las diversas culturas que componen la Iglesia de hoy. La cultura dominante en Estados Unidos pone el énfasis en el individuo y sus sentimientos y decisiones. En culturas menos individualistas, los individuos pueden sentir vacilación para expresar sus opiniones abiertamente, incluso en entornos amistosos, sin el refuerzo del grupo. También entre inmigrantes del mismo grupo, divisiones trazadas por clase social o formación educativa pueden alzar barreras a la comprensión, con algunos miembros adaptándose a los procedimientos y prácticas de la vida parroquial con más comodidad que otros. A menudo se necesita intermediarios culturalmente sensibles para facilitar intercambios, mediar en conflictos y promover la genuina participación de todos.

La integración se verá facilitada cuando todas las partes mantengan un espíritu abierto. La integración no puede ser forzada, y quienes acogen a recién llegados deben ser especialmente conscientes de las vulnerabilidades de los inmigrantes y el impulso que sienten muchos inmigrantes de retirarse de la interacción. Los pastores y líderes laicos conscientes de estas dinámicas de adaptación y comunicación entre culturas conducirán el camino para facilitar la incorporación plena y equitativa de todos los miembros de la comunidad en la vida de la Iglesia.

IDIOMAS PARA EL TRABAJO PASTORAL

Constituyen un paso esencial y concreto hacia una acogida plena y efectiva los esfuerzos especiales de todos los ministros de la



Iglesia por adquirir los idiomas de los nuevos inmigrantes. En algunos casos, los grupos inmigrantes han traído consigo significativos números de sacerdotes y religiosos. Esto es así con la comunidad vietnamita, que ha seguido produciendo vocaciones en grandes números en este país. En otros casos, la Iglesia del país de ori-

gen es lo bastante fuerte como para enviar sacerdotes y religiosos a Estados Unidos para atender a comunidades inmigrantes de ese país, como fue el caso en las primeras oleadas migratorias a este país. Hoy día, sin embargo, en muchos casos, hay muchos inmigrantes pero pocos sacerdotes, y las diócesis deben hacer provisiones especiales para encontrar o formar sacerdotes, religiosos y laicos capaces de atender espiritualmente a los recién llegados en sus propios idiomas y culturas. Las órdenes misioneras han contribuido magníficamente a satisfacer esta necesidad. En algunas diócesis, a todo seminarista se le exige dominar un idioma distinto del inglés a fin de atender a comunidades inmigrantes locales. Esta práctica debe ser alentada en todo Estados Unidos. Sacerdotes, seminaristas, religiosos y ministros laicos deben ser alentados a aprender un idioma y adquirir conocimientos culturales pertinentes a su ministerio.⁶ Los estudios en el extranjero son generalmente la mejor manera de hacer esto, y deben ser ampliamente alentados.



Celebrando las muchas culturas de la diócesis: el Festival Chautauqua de Oakland

Todos los años desde 1992, la Diócesis de Oakland realiza su celebración Chautauqua de unidad en la diversidad de la Iglesia. (“Chautauqua” es una palabra nativoestadounidense que significa “congregación de los pueblos”.) La Chautauqua en la diócesis de Oakland empieza con una procesión y liturgia eucarística conducida por el obispo, e incluye coros de la diversidad de grupos étnicos que componen la diócesis. La celebración eucarística va seguida por espectáculos culturales, danza, música y comidas étnicas. Como señala la Hmna. Felicia Sarati de los Centros Pastorales Étnicos de Oakland: “Todo el año, es polacos con polacos, coreanos con coreanos. Con Chautauqua todos nos juntamos”. Además del evento anual Chautauqua, líderes de las diversas comunidades étnicas se reúnen una vez al mes para discutir inquietudes y acoger a los recién llegados.

La comunidad católica de Oakland es en verdad diversa. Además de comunidades inmigrantes más antiguas tales como afroestadounidenses, portuguesas, filipinas y los numerosos católicos de ascendencia mexicana, hay inmigrantes de la India, chinos, vietnamitas, brasileños, indonesios, coreanos, polacos, católicos del reino de Tonga en el Mar del Sur, eritreos (Ge'ez), haitianos e incluso un pequeño grupo tribal de Laos llamado kmhmu'. Lo que congrega a todos estos grupos es el espíritu de acogida en la diócesis y los permanentes intentos de proveer a sus necesidades espirituales.

Especialmente en el caso de algunos de los grupos inmigrantes más pequeños, los sacerdotes pueden tener sólo un conocimiento rudimentario del idioma del grupo al que sirven. Entonces deben depender de religiosos, líderes laicos, diáconos y catequistas entrenados para asegurar un ministerio efectivo. Y aun donde se cuente con sacerdotes con las habilidades idiomáticas necesarias, es importante que otros miembros de la comunidad mayor adquieran la capacidad de comunicarse con los inmigrantes en sus propios idiomas como parte de un esfuerzo más amplio por desarrollar relaciones más inclusivas a nivel de parroquia y diócesis, continuar con el necesario trabajo de evangelización y promover programas diocesanos capaces de unir genuinamente a comunidades diversas. El clero y los líderes laicos deben adquirir dominio del inglés tan rápidamente como sea posible, y continuar mejorando sus habilidades de hablar en público en inglés a fin de promover la comunión de sus comunidades con la Iglesia mayor en Estados Unidos. Las parroquias deben proporcionar oportunidades para que los inmigrantes, incluyendo las personas mayores, adquieran dominio del idioma inglés.

TRABAJO PASTORAL EN UNA IGLESIA MULTICULTURAL

La adquisición del idioma en provecho de la comunicación intercultural y un trabajo pastoral efectivo es sólo un paso práctico hacia la más plena incorporación de los nuevos inmigrantes en nuestras comunidades. La Iglesia como institución debe emprender otros pasos prácticos a nivel nacional, diocesano y parroquial.

Nivel nacional o regional

A nivel nacional o regional, deben hacerse esfuerzos para proporcionar materiales litúrgicos y catequísticos a comunidades que no tienen fácil acceso a tales materiales en su idioma. La mayoría de diócesis carecen de los recursos para proporcionar tales materiales a más de uno o dos grupos. Igualmente, los seminarios diocesanos

**Parroquias personales y misiones:
Atendiendo las necesidades de diversas
comunidades en Miami y Nueva Orleans**

La Diócesis de Miami alberga a 150,000 inmigrantes haitianos, la mayoría de ellos llegados recientemente. Muchos son pobres, y aunque gradualmente están aprendiendo inglés, la vibrante vida comunitaria en la "Pequeña Haití" de Miami se lleva principalmente en el idioma creole. A principios de los años 80, el padre Thomas Wenski, ahora obispo auxiliar de Miami, convenció a la diócesis de establecer una misión haitiana en el ex local de una escuela de niñas católicas. La diócesis asumió los costos de la renovación, y así se estableció la Misión Notre Dame d'Haiti.

Con cinco misas semanales en creole, la misión sirve ahora a 4,500 haitianos. El adyacente Centro Católico Haitiano ve un promedio de 1,000 personas diariamente en clases de inglés, guardería, servicios legales y clases de catecismo. Miami tiene ahora tres misiones haitianas además de numerosas parroquias que ofrecen una o dos misas en creole. Algunos haitianos establecidos anteriormente asisten a misa en inglés en parroquias de toda la ciudad, pero una migración continua significa que las misiones continuarán proporcionando servicios sociales esenciales a la comunidad haitiana.

La Diócesis de Nueva Orleans acogió igualmente un masivo ingreso de refugiados vietnamitas a fines de los años 70. Conducidos por Mons. Dominic Luong, quien dejó un puesto de enseñanza en un seminario de Nueva York para defender la causa de su pueblo, y con ayuda de Catholic Charities, a la larga los vietnamitas se asentaron en varias partes de la ciudad. La diócesis estableció cinco misiones para servir a la comunidad, que giran en torno al Centro Apostólico Vietnamita dirigido por Mons. Luong. Con los cambios en el derecho canónico en 1983, Mons. Luong y sus colegas sacerdotes vietnamitas establecieron en el centro una parroquia personal, llamada ahora Parròquia Nacional Reina María de Vietnam, con cuatro misiones bajo su cobijo. Hoy en día hay dos parroquias personales, cada una con sus propias misiones.

y programas de formación de ministerios laicos muchas veces están mal equipados para suministrar a los sacerdotes, religiosos y líderes laicos la gama completa de capacitación en comunicación lingüística, cultural e intercultural necesaria para servir incluso a las necesidades locales.

Podrían promoverse esfuerzos para corregir estos problemas con la creación de centros pastorales regionales, que sirvan a las necesidades de una o varias comunidades étnicas inmigrantes y sean financiadas por las diócesis a las que sirven. Tales centros podrían estimular la reflexión teológica con base en las tradiciones y experiencia de las diversas iglesias nacionales representadas en nuestras comunidades inmigrantes. Podrían proporcionar los servicios de traducción mencionados arriba y servir como una fuente de materiales litúrgicos y catequísticos para las comunidades a las que representan, así como desarrollar materiales de capacitación para pastores, religiosos y líderes laicos en estas comunidades. Y podrían ofrecer capacitación a todos los involucrados en el trabajo pastoral de grupos específicos dentro de las diócesis de sus regiones, extendiendo de manera más general la variedad de posibilidades de educación de idiomas, capacitación en comunicación intercultural y educación para el servicio pastoral en una Iglesia multicultural.

Nivel diocesano

Las diócesis son las mejor equipadas para abordar las múltiples necesidades de la Iglesia contemporánea a nivel local. El obispo, como pastor de diversidad de personas, tiene a su cuidado todo lo que concierna a su vida juntos. Así, al desarrollar políticas y programas diocesanos que respondan a la realidad de la Iglesia inmigrante de hoy, los obispos deben tener cuidado tanto de respetar la dignidad de las diversas comunidades de la diócesis como de llevarlas a la unidad en la misma y única Iglesia, alcanzando el equilibrio entre los legítimos derechos de los inmigrantes de practicar los ritos

Incorporando una pastoral de acogida en las estructuras diocesanas: Memphis

La Diócesis de Memphis vio la necesidad de incorporar ampliamente en los programas diocesanos una pastoral para el creciente número de católicos de todas partes del mundo. El gráfico muestra cómo ha organizado la diócesis sus programas.

Obispo de Memphis



Oficina del Canciller



Evangelización y Servicios Pastorales



Pastorales Multiculturales y Pastoral Afroestadounidense



Diez Divisiones

Consejo para la Pastoral Católica Afroestadounidense
Pastoral Hispánica
Pastoral Vietnamita
Misión Católica Polaca
Pastoral Nativoestadounidense
Grupo de Oración Filipinoestadounidense
Estación Católica Coreana
Servicios Multiculturales y Programas/Talleres
Liturgias Afrocéntricas y Programas/Talleres
Recursos Multiculturales

según sus propias tradiciones y la preocupación por la vida en común de la Iglesia en Estados Unidos. Las autoridades diocesanas deben decidir cuándo y cómo honrar el deseo de los grupos inmigrantes de tener su propia capilla, misión o parroquia personal; cómo promover un espíritu de apertura y acogida hacia las comunidades inmigrantes dentro de las parroquias; cómo promover la efectiva evangelización de todos los miembros de la iglesia local y de quienes están fuera de la Iglesia, y cómo reunir a los pueblos de todas las diversas culturas de la Iglesia en una sola comunidad.

Los obispos nos comprometemos con renovada energía a desplegar un espíritu de acogida, y alentamos a todos los involucrados en el trabajo pastoral a compartir tal espíritu. Buscaremos los modelos exitosos del pasado, tales como la parroquia nacional, o prácticas contemporáneas en otras diócesis, y las adaptaremos a las necesidades y circunstancias de nuestras propias diócesis. En cada una de nuestras diócesis formaremos programas de servicio pastoral a inmigrantes y los apoyaremos con nuevos recursos en la medida de lo posible, en reconocimiento de la creciente contribución de nuestras comunidades inmigrantes a la Iglesia mayor, e insistiremos en que los pastores presten su apoyo. Nuestros seminarios diocesanos deben preparar seminaristas para el ministerio de la Iglesia del siglo XXI. Al mismo tiempo, consagraremos recursos para desarrollar programas de entendimiento cultural y comunicación intercultural para religiosos y ministros laicos. Los obispos tenemos la responsabilidad especial de abordar cuestiones de justicia social para migrantes de toda clase, participando en esfuerzos nacionales y locales para combatir la discriminación y asegurar un tratamiento equitativo a todos de acuerdo con la ley.

En el pasado, se establecieron exitosamente parroquias personales en algunos lugares para acomodar las necesidades y deseos de comunidades inmigrantes locales fuertes. Al mismo tiempo, no todos los grupos han tenido los recursos financieros o el

número de miembros para sostener por sí mismos una parroquia. Las diócesis pueden tener que desarrollar pautas para ayudar a las parroquias o deanatos a responder a grupos más pequeños o más dispersos de modo que éstos se sientan acogidos y tengan instalaciones apropiadas a sus necesidades.

La mayoría de diócesis han proporcionado ya modestos recursos a oficinas de pastoral étnica. Mientras más de estas oficinas sean dirigidas por miembros de las comunidades atendidas, mejor. En algunos casos, el obispo ha designado un vicario a cargo del servicio pastoral de grupos más grandes o más dispersos. En unas pocas diócesis, la pastoral hispánica en particular ha sido integrada en todas las oficinas de la diócesis, y proporciona constante retroinformación sobre cómo abordar las necesidades de la comunidad hispánica dentro de los diversos programas diocesanos. En muchas diócesis, oficinas de pastoral étnica pueden asegurar que se cubran puestos parroquiales a fin de servir a las comunidades inmigrantes dentro de la diócesis. Y muchas diócesis han ideado eventos a nivel diocesano para congregar a las diversas culturas de la comunidad católica. Todos estos esfuerzos deben ser estudiados y fortalecidos conforme la Iglesia en Estados Unidos se afana en celebrar los muchos dones que las comunidades inmigrantes traen a la Iglesia en América.

Nivel parroquial

Los inmigrantes experimentarán la acogida de la Iglesia más personalmente a nivel de la parroquia. Por tanto, los pastores y personal de las parroquias deben llenarse de un espíritu de acogida, en respuesta a una cultura nueva y tal vez poco comprendida. Podrán hacerlo así precisamente en la medida en que hayan recibido el apoyo de la diócesis y la capacitación correspondiente. Un pastor con un espíritu abierto y de acogida que insiste en que la parroquia entera participe en tal espíritu puede marcar una enorme diferencia en las relaciones entre grupos diferentes. Los



pastores deben conocer de métodos eficaces de acomodar a múltiples grupos culturales dentro de una sola estructura parroquial. Al mismo tiempo, el esfuerzo por mediar entre demandas que compiten por instalaciones y rivalidades persistentes entre grupos requiere de sensibilidad a las necesidades y estilos

de ambas culturas, así como paciencia, caridad y habilidades de comunicación. Los pastores deben hacer todos los esfuerzos por asistir y alentar a los católicos orientales a encontrar parroquias que ofrezcan cuidado pastoral según sus propias tradiciones y ritos. En el pasado, inmigrantes pertenecientes a Iglesias Orientales Católicas dejaron éstas debido a la falta de clero, iglesias y servicios católicos orientales. A veces ingresaron en la Iglesia latina, lamentablemente debido a presiones sociales y demográficas. La pertenencia del inmigrante a una iglesia particular (ej., Iglesia Oriental Católica) debe ser respetada.

Atender a inmigrantes que no son católicos o que, aunque católicos, no han participado todavía plenamente en la vida de la parroquia, requiere habilidades idiomáticas y culturales, así como un celo evangélico que deberá desarrollarse entre más pastores, asociados, religiosos y laicos mediante comités de extensión social o programas de empadronamiento. Los laicos, especialmente quienes comparten idioma y formación cultural con el grupo inmigrante, pueden ser puentes invaluable en esfuerzos por incorporar a las comunidades inmigrantes en la vida de la parroquia y atender a los no creyentes entre los nuevos inmigrantes. En muchos de los

Integrando una parroquia multicultural

El padre Italo Dell'Oro era él mismo un joven sacerdote inmigrante sin ninguna experiencia parroquial cuando lo nombraron pastor de la Parroquia de la Asunción en Houston. La parroquia había sido originalmente la parroquia italiana de la diócesis, pero conforme católicos de otras formaciones —polacos, checos, alemanes y otros— ingresaban en ella, la parroquia trataba de albergarlos. Cuando llegó el padre Dell'Oro, el consejo parroquial no tenía representantes hispánicos, aunque casi la mitad de la parroquia era hispánica. El consejo empleaba los antiguos *Reglamentos de Orden de Robert*, y se resistía a toda tentativa de discutir las metas parroquiales. Desesperado, el padre Dell'Oro adoptó las nuevas pautas diocesanas para consejos parroquiales, entre ellas el proceso de discernimiento opcional para elegir a los miembros del consejo y guiar la obra de la entidad. Un facilitador experimentado de la cancillería ayudó a organizar las elecciones y guiar al nuevo consejo en su primer retiro.

El resultado fue un consejo ampliamente representativo, con la mitad de sus miembros hispánicos y los demás de ascendencia italiana, irlandesa, polaca, inglesa y alemana. Mejor todavía, los nuevos consejeros se consideran a sí mismos “un cuerpo representativo, no un cuerpo de representantes” de facciones compitiendo entre sí. En las reuniones del consejo parroquial, las decisiones se toman por consenso.

Un comité hispánico sigue supervisando las dos misas en idioma español todos los domingos, así como actividades para la comunidad hispánica. El padre Dell'Oro lo ha alentado a participar en recaudación de fondos para las actividades a nivel de toda la parroquia. Un ejemplo: la renovación del templo, costeadada con actividades parroquiales de recaudación de fondos, incluye un mural de la Asunción de María, con imágenes del papa Juan Pablo II, la Madre Seton, el arzobispo Óscar Romero y Juan Diego a sus pies.

Desde hace muchos años, la procesión dominical en Pentecostés incluye a cada uno de los grupos étnicos más antiguos dando lecturas en sus propios idiomas. Ahora entre estos idiomas figura el español, y hay también celebraciones bilingües en Jueves Santo, la Vigilia de Semana Santa y la Vigilia de la Asunción.

países de los que provienen los nuevos inmigrantes, era el catequista laico quien conducía a la gente a la conversión o a una más profunda apreciación de la fe. Los catequistas laicos eran los líderes y evangelizadores de su pueblo. Su trabajo pastoral debe ser reafirmado y fortalecido en el nuevo contexto.

Catholic Charities ofrece amplios servicios en la mayoría de diócesis. Los pastores pueden pedir a Catholic Charities ayuda en su respuesta a los nuevos inmigrantes. Servicio social, asistencia legal y programas de educación de adultos —incluyendo inglés como segundo idioma, guarderías, programas de capacitación laboral y clases de ciudadanía— pueden servir como valioso servicio de extensión social a los recién llegados. La parroquia puede también proporcionar a los inmigrantes foros para evaluar necesidades sociales, emocionales y económicas. Deben desarrollarse y divulgarse modelos y métodos de una vida parroquial genuinamente evangélica de modo que los pastores y líderes laicos puedan elegir entre los que mejor se adapten a un servicio eficaz de extensión social a los recién llegados. En algunos casos, pastores individuales o consorcios de parroquias, a veces en conjunción con congregaciones de otras religiones u organizaciones seculares, pueden crear agencias de inmigración y servicio social para servir a barrios particulares.

Al mismo tiempo, las parroquias pueden llegar a ser lugares para el diálogo y la cooperación, no sólo con las denominaciones protestantes que comparten nuestra común fe cristiana, sino también con budistas, hindúes, musulmanes, judíos y otros. A pesar de las diferencias, todos comparten metas comunes de proveer a las necesidades religiosas y materiales de las comunidades inmigrantes, y todos tienen mucho que ganar trabajando juntos.

Los inmigrantes de hoy traen una vasta riqueza de dones, desde nuevos movimientos espirituales hasta una renovada devoción a

**Atendiendo mediante servicios sociales:
Centro Asiático de la Parroquia Santo Tomás
de Aquino en el sur de Filadelfia**

Cuando el padre Arthur Taraborelli estaba creciendo, la Parroquia Santo Tomás de Aquino servía a una vecindad sólidamente italiana. Hoy, es pastor de su vieja iglesia, y la parroquia, aunque todavía predominantemente italiana, está cambiando con la entrada de refugiados del sudeste de Asia. Inicialmente, los recién llegados fueron recibidos con suspicacia y cierto temor, pero el padre Taraborelli y su asistente, el padre Joseph Dinh Huynh, nacido en Vietnam, insistieron en que la parroquia tenía que abrir sus brazos a sus nuevos vecinos. Se programó una misa en idioma vietnamita, y en celebraciones parroquiales especiales pudieron escucharse oraciones en vietnamita y el nuevo coro vietnamita.

En 1988, la parroquia fundó el Centro de Servicio Social Asiático en parte del edificio de la escuela parroquial para proporcionar servicios inmigratorios y clases de idioma inglés a inmigrantes recientes, entre ellos vietnamitas, chinos, camboyanos, laosianos y filipinos. El padre Huynh había llegado a conocer a cada una de las 611 familias asiáticas de la parroquia, católicas y no católicas por igual, y encontró que las clases de idiomas eran una necesidad apremiante. Hoy, unas 1,300 familias de ascendencia asiática acuden a la parroquia para escuchar clases y asistir a eventos religiosos y culturales, entre ellos el Año Nuevo Vietnamita, que se celebra tanto con una misa como con rituales vietnamitas tradicionales. Aunque la mayoría de quienes asisten son de otras religiones, crecientes números aparecen en la misa dominical regular, y la parroquia ha visto casi cien conversiones.

María en la gran variedad de devociones nacionales, tales como la de Nuestra Señora de Guadalupe. En muchas diócesis, la renovación de las vocaciones por el sacerdocio y la vida religiosa es un fruto evidente de la nueva inmigración, mientras que la participación laica en el trabajo pastoral ha florecido en muchas pastorales étnicas.

Las necesidades especiales de la juventud Constituyen especial preocupación los jóvenes de las comunidades inmigrantes. Algunos son ellos mismos inmigrantes, quienes a pesar de su facilidad para adquirir el inglés pueden sentirse especialmente desgarrados entre su cultura



original y la de su nuevo país, sin sentirse plenamente a sus anchas ni en una ni en otra. Otros nacieron en este país, y aunque su primer idioma puede haber sido el de sus padres, rápidamente adquieren no sólo el pleno dominio del idioma inglés sino también de la cultura prevaeciente en sus escuelas y barrios. En uno u otro caso, los jóvenes pueden sentirse frecuentemente en conflicto con sus padres y mayores en cuanto a formas de comportarse y de hablar, valores y creencias, conforme se van haciendo “estadounidenses” al tiempo que viven dentro de una familia y comunidad inmigrantes que retienen la cultura del país de origen. Tales conflictos son dolorosos para ambos lados, y uno u otro pueden llamar a la Iglesia a defender sus derechos y valores particulares. Los jóvenes pueden también experimentar conflicto con sus pares, quienes —por inseguridad o insensibilidad— causan innecesaria división.

La Iglesia reconoce la centralidad de la familia en la crianza de los jóvenes, y aprecia el gran valor que muchas culturas inmigrantes asignan a la familia. Al mismo tiempo, tiene también el deber de proveer a los jóvenes mientras éstos luchan por su propia identidad y su propia adaptación dentro de la cultura mayor. Programas recreacionales, educativos y espirituales para

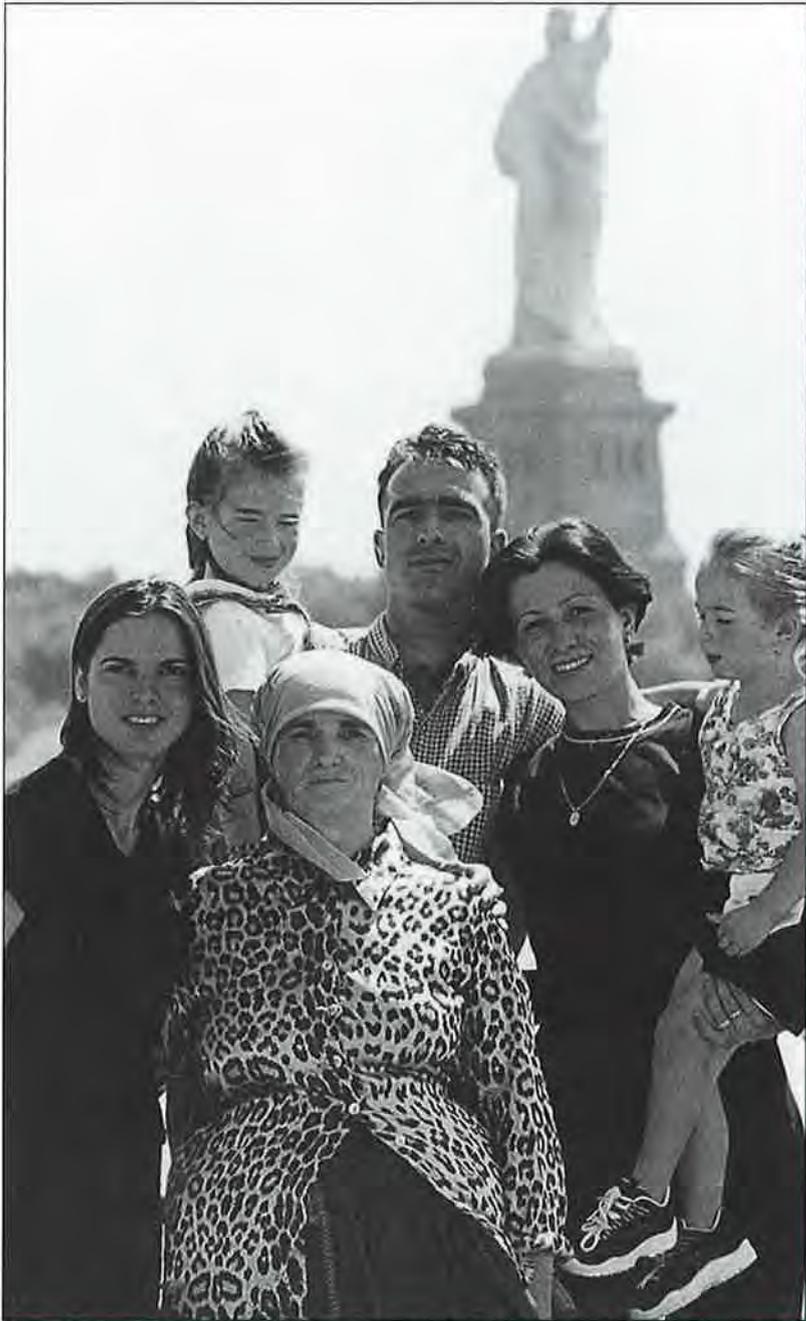
Generaciones unidas por la fe

Cada año la comunidad hmong congrega a todos sus miembros a un retiro anual. Adolescentes acompañan a adultos en un fin de semana de formación y celebración. Los adolescentes son conducidos en sesiones separadas por el padre Joe Hirsch de la Diócesis de LaCrosse, Wisconsin, quien ha aprendido lo suficiente del idioma hmong como para leer las oraciones ordinarias de la misa y enseñar canciones e himnos en hmong. Las sesiones de formación de los adolescentes se hacen en inglés, sus discusiones en el idioma hmong, y sus liturgias en ambos idiomas, mientras que sus padres conducen sus sesiones sólo en el idioma hmong.

Los adolescentes se unen a sus padres para las oraciones matinales y vespertinas. En la celebración de clausura, los adolescentes hmong entretienen a sus padres y abuelos tanto con danzas hmong tradicionales como con modernos *breakdances*. La interacción tiende un puente entre las generaciones y las culturas, preservando las tradiciones hmong, transmitiendo la fe y dando a padres y adolescentes por igual un medio de incorporar las dos culturas, hmong y estadounidense, en su vida en común.

jóvenes pueden proporcionar oportunidades para ayudarlos a comprender y ajustarse a las exigencias de sus padres y a la vez aceptar lo que es saludable en la cultura que los rodea. Estos programas pueden también ayudar a los jóvenes a vivir en armonía con sus pares. El cuidado pastoral cotidiano y programas especiales para padres pueden ayudarlos a entender y aceptar las luchas de sus hijos, a la vez que refuerzan la confianza de que sus hijos han asimilado ya mucho de lo que ellos tienen para enseñarles a pesar de las disensiones del momento. Los programas de educación religiosa pueden desempeñar un papel especial aquí al tratar de reducir la brecha entre culturas dentro del contexto de la fe común y ayudar a los jóvenes a tratar positivamente las tensiones y dificultades que enfrentan.

En algunos casos, las familias se ven atraídas a la parroquia precisamente por aprovechar la escuela. Su dedicación a la educación de sus hijos los pone en contacto con personal parroquial y miembros de otros grupos culturales. En otros casos, los inmigrantes no han tenido ninguna experiencia de escuelas católicas en su país de origen y requieren el aliento (y a menudo ayuda financiera) de la parroquia para aprovechar esta oportunidad. Las escuelas católicas pueden brindar a los hijos de inmigrantes oportunidades para que se adapten a la cultura estadounidense en un contexto impregnado por la fe y en una atmósfera de hospitalidad a todas las culturas, y pueden hacer mucho por promover el entendimiento cultural y el respeto entre padres y estudiantes por igual. Las escuelas católicas pueden ser también poderosos instrumentos de evangelización para comunidades inmigrantes que, aunque fuera de la Iglesia, encuentran en las escuelas un entorno de acogida y apoyo para la educación de sus hijos. Pero para muchísimos inmigrantes, nada de esto puede realizarse a menos que las escuelas católicas estén al alcance de los miembros más pobres de la comunidad, una meta a la que la diócesis puede tener que contribuir mediante acuerdos de parroquias hermanadas o donaciones directas de fondos diocesanos.



EL LLAMADO A LA SOLIDARIDAD



El Evangelio nos llama a la solidaridad con los que sufren, son vulnerables y se encuentran en necesidad. En este espíritu recordamos las palabras del papa Juan Pablo II, quien proclamó: “La Iglesia escucha el grito de sufrimiento de los desarraigados de su propia tierra, de las familias forzosamente divididas, de los que, en los rápidos cambios actuales, no encuentran una morada estable en ningún lugar. Percibe la angustia de quienes carecen de derechos y de toda seguridad, quedando a merced de cualquier tipo de explotación, y se hace cargo de su infelicidad” (Mensaje por la Jornada Mundial del Emigrante 2000, N° 6). Entre los inmigrantes de hoy, quienes han huido de la guerra, el hambre, las convulsiones civiles y la desesperación económica merecen nuestra comprensión y apoyo especiales; pero también los marinos, la gente del mundo de la aviación y los trabajadores migrantes sufren desarraigo, discriminación e injusticia, junto con todas las personas itinerantes: trabajadores de circos y carnavales, camioneros, turistas, peregrinos, gitanos y errantes irlandeses.

En una época de globalización económica, una preocupación especial de una cultura de solidaridad debe ser el trabajador migrante, tanto rural como urbano. Estos trabajadores son vitales para nuestras actividades agrícolas, de construcción, de servicios y de turismo. Desde el momento en que dejan su hogar

El Evangelio no discrimina

Para el padre Kenneth DeGroot, O.Pream., la decisión de invitar a la comunidad hispánica local a hacerse parte de la Parroquia St. Willebroord, en Green Bay, Wisconsin, no tenía nada que ver con la condición legal: “Nunca preguntamos si son ‘legales’ o ‘ilegales’, si son documentados o indocumentados. Creemos realmente que quienes acuden a nosotros tienen necesidades espirituales y físicas, y tratamos de hacer lo que podamos para servirlos. Los tratamos como personas que acuden a nosotros en necesidad, y les damos cualesquiera servicios que podamos. Y creo que esa es la misión de la Iglesia”.

Los obispos nos comprometemos, en el espíritu de *Ecclesia in America*, a trabajar en solidaridad con los obispos de los países de origen de los migrantes para proveer a la seguridad, necesidades básicas, derechos humanos y efectivo cuidado pastoral de estos trabajadores migrantes. Una de las proposiciones del Sínodo de América afirma: “La Iglesia en América debe ser abogada vigilante que proteja, contra todas las restricciones injustas, el derecho natural de cada persona a moverse libremente dentro de su propia nación y de una nación a otra. Hay que estar atentos a los derechos de los emigrantes y de sus familias, y al respeto de su dignidad humana, también en los casos de inmigraciones no legales” (*Ecclesia in America*, N° 65).

La solidaridad con los migrantes y refugiados ha de tomar muchas formas, desde participación en esfuerzos por asegurar

hasta el momento en que llegan a su lugar de trabajo, estos trabajadores migrantes —obligados a buscar un sustento básico para sus familias— encuentran peligrosos cruces de frontera. (En los últimos cinco años, más de 500 personas han muerto en la frontera EE.UU.-México debido a una más drástica aplicación de las leyes fronterizas.) Son vulnerables a la explotación y el abuso mientras se encuentran en tránsito, en las regiones fronterizas y en el centro de trabajo.

que el gobierno de Estados Unidos respete los derechos humanos básicos de todos los inmigrantes, hasta proporcionar asistencia directa a inmigrantes mediante programas diocesanos y parroquiales. Particularmente vulnerables son los inmigrantes mayores, que a menudo se encuentran aislados en su nuevo país, sin habilidades de lenguaje y sin el sistema de apoyo familiar y comunitario que disfrutaban en su país de origen.

Los esfuerzos de organización de la comunidad pueden ser también importantes canales para abordar las necesidades de las comunidades inmigrantes e incorporar a los inmigrantes en la vida cívica. Tales esfuerzos pueden proporcionar la base para conseguir mejoras en las condiciones de vivienda, salario de subsistencia, mejor atención médica y mayores oportunidades educacionales para todos, y para potenciar las comunidades locales. La United States Catholic

Solidaridad con las familias de trabajadores agrícolas migrantes

Desde hace más de diez años, Crossroads of Friendship/Caminos de Amistad, programa juvenil intercultural de la Diócesis de New Ulm, ofrece a los adolescentes de parroquias locales del sur de Minnesota la oportunidad de vivir con familias migrantes individuales en los hogares de éstas en el Valle de Rio Grande, sur de Texas. Mediante la Oficina de Pastoral Hispánica coordinada por el padre Anthony Stubeda, los estudiantes de secundaria se preparan ocho meses para experimentar la vida cotidiana con sus familias anfitrionas, asistir a escuelas donde son minoría y hacer un viaje de un día en que cruzan la frontera con México. Cuando regresan a Minnesota, los estudiantes preparan presentaciones para sus parroquias y comunidades. Mediante Crossroads of Friendship/Caminos de Amistad, los participantes han llegado a ser voceros de nuevas actitudes hacia los trabajadores migrantes, cuestionando la desinformación y generando más apreciación por la presencia de los migrantes mexicano-estadounidenses en sus comunidades.

Conference apoya muchos de tales esfuerzos mediante la Campaña Católica para el Desarrollo Humano. La participación de la iglesia local en tales esfuerzos es importante, tanto por el bien directo que la organización de la comunidad puede hacer por las personas y grupos y también como parte de una más amplia evangelización que proclama el cuidado de Dios por todos sus hijos y la responsabilidad especial de la Iglesia por los pobres, los perseguidos y los forasteros.

El llamado a la solidaridad es también un llamado a promover el efectivo reconocimiento de los derechos de los inmigrantes y a superar toda discriminación basada en raza, cultura o religión. “Significa dar testimonio de una vida fraternal basada en el Evangelio, que respete las diferencias culturales y sea abierta a un diálogo sincero y confiado” (Papa Pablo VI, *Octogesima Adveniens*, N° 17). Sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial, la Iglesia ha consagrado especiales esfuerzos a favor de los derechos humanos de los migrantes y refugiados en todo el mundo, y en Estados Unidos en particular. A nivel nacional la Oficina de Servicios de Migración y Refugiados de los obispos de Estados Unidos ha abordado esta problemática mediante su participación en debates de políticas públicas, programas especiales para refugiados y ayuda a diócesis. Funcionarios diocesanos y líderes parroquiales participan también a menudo en entidades a nivel de ciudad o región dedicadas a ganar reconocimiento para los inmigrantes en asuntos locales y a combatir la discriminación.

Los obispos católicos nos comprometemos a seguir trabajando a nivel nacional para promover el reconocimiento de los derechos humanos de todos, sin consideración de su condición inmigratoria, y presentar proyectos de leyes justas y equitativas para los refugiados e inmigrantes potenciales. Los actuales esfuerzos deben ser fortalecidos y apoyados con nuevas iniciativas, tanto a nivel

local como a nivel nacional, en la medida en que la legislación y prácticas inmigratorias de Estados Unidos cambian ante las alteraciones en las presiones políticas y realidades sociales. En particular, los católicos laicos, funcionarios diocesanos y obispos deben seguir trabajando junto con las organizaciones comunitarias, sindicatos y otras entidades religiosas a favor de los derechos de los inmigrantes en los centros de trabajo, escuelas, servicios públicos, nuestro sistema legal y todos los niveles de gobierno. La Iglesia Católica en Estados Unidos, mediante la National Conference of Catholic Bishops, muchas de las conferencias católicas estatales, obispos individuales y otras organizaciones católicas ha estado significativamente involucrada en la defensa y promoción social a favor de los trabajadores migrantes y otros inmigrantes. Alentamos a otros a asignar una más alta prioridad a políticas sociales públicas que tengan impacto sobre esta población especial.



CONCLUSIÓN: UN LLAMADO A UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN



En *Ecclesia in America*, el papa Juan Pablo II llama a una “nueva evangelización” centrada en la persona de Jesucristo: “‘El encuentro con Jesucristo vivo’ es ‘camino para la conversión, la comunión y la solidaridad’” (Nº 7). Este encuentro personal con el Señor resucitado, relatado con tanta abundancia en los Evangelios, Epístolas y Hechos de los Apóstoles, lleva a una visión cotidiana del Señor presente y activo en el mundo, especialmente en el pobre, en el forastero y en el migrante y refugiado. Los más necesitados sacan a los miembros de la Iglesia de su inconsciencia y los llevan a una conversión de corazón mediante la cual pueden ofrecer una acogida genuina y adecuada, para compartir juntos como hermanos y hermanas en la misma mesa, y trabajar codo a codo para mejorar la calidad de vida de los miembros más vulnerables de la sociedad. Todo esto es una expresión del Espíritu de Jesús resucitado que se derrama nuevamente sobre sus seguidores.

El Espíritu Santo hecho manifiesto en Pentecostés permitió a gente de diversos idiomas y culturas comprender el mismo y único mensaje de salvación. La nueva evangelización significa apertura a los dones del Espíritu dondequiera que aparezcan. Nuestra respuesta a la nueva inmigración es así informada por una visión renovada

de lo que ha de ser Iglesia, y por una nueva espiritualidad, informada por el Espíritu de Pentecostés presente en el sacramento de la confirmación, que da el poder de discernir el mensaje del reino en las diversas costumbres e idiomas de nuestros hermanos y hermanas inmigrantes.

Las comunidades inmigrantes dan amplio testimonio de lo que ha de ser Iglesia: en su deseo de rendir culto como pueblo, en su fe, en su solidaridad mutua y con los más débiles entre ellos, en su devoción y su fidelidad a la Iglesia de sus antepasados. Para la Iglesia en Estados Unidos, caminar en solidaridad con los recién llegados a nuestro país es hacer realidad nuestra catolicidad como Iglesia. La Iglesia del siglo XXI será, como siempre ha sido, una Iglesia de muchas culturas, idiomas y tradiciones, pero a la vez una sola, como Dios es uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo: unidad en la diversidad.

La nueva inmigración es un recordatorio del estado peregrino de la Iglesia, compuesta de todos los que, sin consideración de raza, clase u origen nacional, han sido invitados al banquete de bodas y se han hecho presentes (Lc 14:23). Como peregrina, la Iglesia abarca en sí toda la realidad del sufrimiento humano y toda la gloria del espíritu humano imbuido con la gracia de Cristo. Con sus diversos pueblos peregrinos, la Iglesia en Estados Unidos ha conocido desarraigo y pérdida, persecución y huida, la búsqueda de una vida mejor y las dificultades y desilusiones de esa búsqueda. La Iglesia ha conocido la gracia de Dios cuando eleva los espíritus en tiempos de desesperación, sostiene la esperanza ante la desesperanza y revive el amor a pesar de los males y las fragilidades humanas. En el bautismo, la Iglesia reconoce el llamado de Dios a la conversión, mientras que en el sacramento de la Eucaristía disfruta prefigurada la gloriosa comunión del Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. En la Eucaristía la Iglesia prefigura la revelación de “un gentío inmenso... de toda nación y raza, pueblo y lengua” (Ap 7:9).

*La Iglesia del siglo XXI será,
como siempre ha sido, una Iglesia
de muchas culturas, idiomas
y tradiciones, pero a la vez
una sola, como Dios es uno,
Padre, Hijo y Espíritu Santo:
unidad en la diversidad.*

En tal Eucaristía, en esa soleada Jornada del Jubileo de los Emigrantes e Itinerantes en la Plaza de San Pedro, el papa Juan Pablo II resumió, con una imagen muy simple pero profunda, el desafío y esperanza para la Iglesia en Estados Unidos al acoger a los inmigrantes del nuevo milenio:

Como los discípulos de Emaús, los creyentes, sostenidos por la presencia viva de Cristo resucitado, son, a su vez, compañeros de camino de sus hermanos y hermanas que atraviesan dificultades, ofreciéndoles la Palabra que reaviva la esperanza en sus corazones y compartiendo con ellos el pan de la amistad, de la fraternidad y de la ayuda recíproca. Así se construye la civilización del amor. Así se anuncia la esperada venida del cielo nuevo y la tierra nueva, hacia los que nos encaminamos. (Nº 4)

NOTAS

1. “De acuerdo con la convención lingüística, el término Romani (escrito también Romany en la literatura) se emplea para referirse a cualquiera o a todos los dialectos o idiomas romani. Empleamos ‘gitanos’ para referirnos a la totalidad de los grupos excepto los Errantes Irlandeses y Escoceses, y donde la identidad del grupo no esté verificada”. (Tomada de *Gypsies and Travelers in North America: An Annotated Bibliography*, William G. Lockwood y Sheila Salo [Cheverly, Md.: The Gypsy Lore Society, 1994].)
2. En el derecho internacional y la ley estadounidense, “refugiados” son aquellos que han huido de persecución pasada o tienen un bien fundado temor de futura persecución por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a un grupo social particular u opinión política. Si bien Estados Unidos puede otorgar asilo o consideración especial a algunos refugiados, el proceso de obtener tal reconocimiento está a menudo cargado de dificultades, y muchos refugiados deben tratar con el sistema de inmigración en los mismos términos que otros inmigrantes.
3. El Congreso aprobó tres importantes leyes en 1996 que han tenido un impacto adverso sobre los inmigrantes: (1) la Ley de Reforma de la Inmigración Ilegal y Responsabilidad del Inmigrante [Illegal Immigration Reform and Immigrant Responsibility Act (IIRIRA)], (2) la Ley de Antiterrorismo y Pena de Muerte Efectiva [Anti-Terrorism and Effective Death Penalty Act (AEDPA)] y (3) la Ley de Reconciliación de Responsabilidad Personal y Oportunidad de Trabajo [Personal Responsibility and Work Opportunity Reconciliation Act (PRWORA)]. En conjunto, estas leyes han socavado las protecciones de debido proceso a los inmigrantes y llevado a más familias inmigrantes a la pobreza. El efecto combinado de IIRIRA y AEDPA ha sometido a inmigrantes que cometieron delitos menores en su pasado y cumplieron su sentencia a detención obligatoria y deportación, separándolos indefinidamente de sus seres queridos. IIRIRA eliminó también la discreción judicial para casos individuales y aumentó el estándar para que los inmigrantes obtengan exención de la deportación. Además incluyó cláusulas que permiten la expulsión sumaria de este país de quienes buscan asilo, sin el beneficio de que un juez de inmigración revise sus solicitudes de asilo, y prohíbe a inmigrantes que residen más de un año en el país en calidad de indocumentados regresar a Estados Unidos por diez años. PRWORA, la ley federal de bienestar, excluyó a todos los inmigrantes legales de elegibilidad para beneficios públicos. Si bien algunos de estos beneficios han sido restablecidos, virtualmente todos los inmigrantes legales que ingresaron en Estados Unidos después de 1996 siguen siendo inelegibles para beneficios.
4. Los portorriqueños, naturalmente, no son inmigrantes, pero muchos de ellos enfrentan los mismos retos que los inmigrantes recientes. Igualmente, gran parte de la población hispánica del suroeste de Estados Unidos puede remontar sus ancestros a lo que es ahora Estados Unidos muchos años antes de la apropiación de estos territorios por el gobierno estadounidense. Aunque tienen mucho en común en idioma y cultura con inmigrantes recientes, los hispanos de Nuevo México y muchos mexicano-estadounidenses en todo el país reciben hoy día a los recién llegados como residentes largamente establecidos en este país. Al mismo tiempo, con frecuencia ellos también han experimentado la discriminación y desventaja asociadas con representar una cultura subordinada en Estados Unidos, a la par con las experiencias de inmigrantes recientes.
5. El término “multicultural”, como otros concernientes a la cuestión de la inmigración, ha sido muy debatido en Estados Unidos. Como “pluralismo cultural”, “multicultural” puede describir una sociedad en que múltiples culturas existen pacíficamente lado a lado, interactuando en prácticas sociales, económicas y políticas comunes, y permaneciendo a la vez distintas entre sí; respetándose mutuamente; aprendiendo unas de otras, y cada una, en consecuencia, cambiando a su propio ritmo. El llamado a la “incorporación” expresado en esta carta comparte este espíritu. No es un llamado a la “asimilación” o la desaparición de una cultura dentro de otra, sino a una permanente

cooperación en búsqueda del bien común y con el debido respeto por el bien de cada tradición cultural y comunidad.

6. En febrero de 1986 la Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes y la Congregación para la Educación Católica escribieron una carta conjunta sobre el lugar de “La movilidad humana en la formación de futuros sacerdotes”.

“Unidad en la diversidad es la visión que los obispos, como pastores de la Iglesia en Estados Unidos, ofrecemos a nuestro pueblo en su acogida a los nuevos inmigrantes y refugiados que llegan a nuestras tierras. . . . Esta diversidad de grupos étnicos, educación y clases sociales nos desafía como pastores a acoger a estos nuevos inmigrantes y ayudarlos a integrarse a nuestras comunidades de maneras que sean respetuosas de sus culturas y de maneras que enriquezcan mutuamente a los inmigrantes y a la Iglesia que los recibe”.

Destinado a la vez a ministros ordenados y laicos a nivel diocesano y parroquial, este nuevo documento de los Obispos de EE.UU. nos plantea el desafío de prepararnos para recibir a los recién llegados con un genuino espíritu de acogida que tienda a éstos un puente de una cultura a otra. Las historias intercaladas en recuadros en el texto presentan ejemplos de programas exitosos en todo este país.

Esta publicación también está disponible en inglés: No. 5-375
Plegable adjunto: español: No. 5-849; inglés: No. 5-404

TAMBIÉN DISPONIBLE

Who Are My Sisters and Brothers? [¿Quiénes son mis hermanas y hermanos?]

—*A Catholic Educational Guide for Understanding and Welcoming Immigrants and Refugees* No. 5-006, 280 págs.

—*Reflections for Understanding and Welcoming Immigrants and Refugees*
No. 5-057, 64 págs.

—*Videotape: Understanding Immigrants and Refugees*
No. 5-053, 27 minutos

Para pedir estos recursos u obtener un catálogo de otras publicaciones de USCCB, llame a la línea gratis 800-235-8722. En el área metropolitana de Washington o desde el extranjero, llame al 202-722-8716. Visite la página digital de los obispos de EE.UU. localizada en www.usccb.org.



PUBLICACIÓN No. 5-848
USCCB PUBLISHING
WASHINGTON, D.C.
ISBN 1-57455-848-X

ISBN 1-57455-848-X

